

Hernán Rivera Letelier El autodidacta



Índice

Cubierta

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

Epílogo dispensable

Créditos

*Para mi hija, Múscica Mistral,
autodidacta de la danza.*

I

En la única librería del campamento lo único que no había eran libros. Rumbo a la función de cine de las dos de la tarde —daban una de Marilyn Monroe—, miré hacia la vidriera por inercia: entre carpetas, cuadernos y sobres de cartas, como un pez de color en un acuario de sardinas, relumbraba la portada de un libro. Si no es un recetario de cocina, me dije, es un cancionero de la Nueva Ola, de esos que traen posturas para rasguear los temas en guitarra.

Yo no cocinaba ni tocaba guitarra.

Me acerqué al vidrio: *Antología de la poesía chilena contemporánea*, de Alfonso Calderón. No podía creerlo. A mis diecinueve años, nunca había tenido un libro de poesía en mis manos. Lo más intelectual que conocía hasta entonces, aparte de la Biblia, el solo libro que hubo siempre en casa, eran algunos números viejos de las *Selecciones del Reader's Digest* que me prestaba un amigo.

Había empezado a escribir poemas en el campamento donde me criara, y estaba en la etapa del primer amor, en donde hasta lo más banal y pedestre adquiere, a los ojos de pájaro del poeta nuevo, un unto de lirismo, un vértigo de descubrimiento. Sin embargo, toda mi noción de poesía eran esos versos leídos en los textos escolares: canciones de piratas, romances de trompos de siete colores y esos largos poemas patrios declamados de memoria en los actos matinales por la elogiada alumna de lentes.

Desde que aprendiera mis primeras letras me urgió una necesidad casi fisiológica de leer, leer cualquier cosa, leer lo que tuviera al alcance de la mano. Leer. Leer como un adicto. Después, al empezar a escribir, esta necesidad se intensificó hasta adquirir la menesterosa costumbre de recoger en la calle y leer, sentado en el suelo, cualquier trozo de papel impreso arrastrado por el viento.

A poco de llegar a la salitrera donde ahora trabajo, descubrí que una revista de mujeres traía una página dedicada a la poesía, un breve florilegio de poemas junto a una brevísima biografía del autor. Era una revista en papel satinado, para mí muy cara de comprar, casi un lujo. De modo que cada quince días, cuando la prendían de una cuerda a la entrada del local, con perros de colgar ropa, me apersonaba a la hora de más concurrencia y, vigilando de reojo a la dueña, comenzaba a hojearla hasta dar con la página deseada. Cuidando de no abrirla mucho para no ajarla, ansioso hasta la taquicardia, me ponía a leer los versos, a veces ni siquiera tan buenos, con la avidez con que un empampado lamería gotas de rocío en el cuenco de una piedra.

Olvidándome de Marilyn —el dinero solo me alcanzaba para una cosa, cine o libro—, entré a la librería como desesperado, antes de que algún otro lector se me adelantara. Intuí, como luego lo comprobé, que el de la vitrina era el único ejemplar disponible. Salí con el libro bajo el brazo y el corazón convertido en un bombo. Salí rapidito. No fuera a ser que la señora se acordara a última hora de que el volumen estaba encargado y pagado. Creo que cualquiera que hubiese visto la expresión de mi cara mientras me alejaba, y la forma en que lo oprimía bajo el brazo, hubiera pensado que acababa de robármelo. Al doblar la esquina respiré con calma. El libro, de tapa en azul y rojo, ya era todo mío.

Mientras caminaba por el medio de la calle, como caminan los pampinos, comencé a hojearlo. Me detenía, leía una estrofa, avanzaba, volvía a detenerme. De ese modo, como pisando en el aire, llegué a la plaza. Como siempre, a esas horas de siesta solo se veían algunos quiltros echados, aturdidos por la canícula (hacía poco había descubierto con alborozo que canícula significaba calor de perros) y el Abuelo de Cartón sentado hondamente en el escaño mejor sombreado de la pequeña plaza de piedra. La gente decía que el anciano tenía más de cien años; su piel en verdad parecía de cartón corrugado.

Saltándome el prólogo olímpicamente, deslumbrado por el primer poema —*La procesión de San Pedro y bendición del mar en Talcahuano*, de Diego Dublé Urrutia—, me senté, sin darme cuenta, en el escaño al que todos hacían el quite: no tenía espaldar y el algarrobo a su vera, seco y crispado, no daba un carajo de sombra. Por los parlantes del cine, frente a la plaza, ya se oía la canción de *Marcha sobre el río Kwai*: sus silbidos anunciaban el comienzo de la función y hacían entrar en manada a la gente que charlaba en el *foyer*.

Aunque yo era un cinéfilo empedernido, y esperaba hacía tiempo esa película, *Los caballeros las prefieren rubias*, no me importó nada: en esos instantes cada página de mi libro era un telón de cine; cada verso, un fotograma; cada estrofa, una escena; cada poema, una película nueva, magnífica, emocionante.

Continué leyendo más tarde en la pensión, mientras tomaba el té de las cinco y la hija de la dueña se desplazaba entre las mesas con giros de bailarina y una sonrisa de dientes blancos como el salitre. Era mi día de descanso, así que seguí leyendo al atardecer, sentado en una banca en el patio de los buques, mientras algunos mineros lavaban y colgaban su ropa de trabajo entre tallas y bromas de alto calibre. Por la noche, en lo alto de la litera de fierro, a la exigua luz de la ampolleta de 40 watts, ya con el cerebro obnubilado de metáforas, seguí leyendo pese a los reclamos de mis compañeros de camarote para que apagara la luz de una vez por todas, que en un rato más había que madrugar, carajo.

Era una suerte que solo fuéramos tres los ocupantes del camarote, y que mis compañeros laboraran en turnos diferentes al mío, de ese modo pasaba más tiempo solo y podía escribir y leer

sin ser importunado. Lo negativo era que los domingos —cuando tenía el día completo para escribir y leer— sintonizaban sus radios a todo volumen para oír el fútbol, y comentaban a gritos con los de los camarotes de enfrente los cobros del árbitro o las jugadas con «perfume de gol» narradas por el inefable Darío Verdugo, el relator más rápido y delirante del país.

Al día siguiente, a las seis de la mañana, forrado con papel de diario, puse el libro en mi bolso, junto al pan con mortadela y a los cambuchos de té y azúcar rigurosamente medidos y pesados que nos entregaba la cantina, y me lo llevé a la mina.

Lo llevé por tres días seguidos.

Lo leía en el tren de ida, mientras los viejos cabeceaban soñolientos; lo leía a la hora de la colación, en tanto los compañeros de mi cuadrilla hacían su siesta tirados en las bancas; lo leía en el tren de vuelta, cuando todo el mundo venía bromeando y jugando partidas de brisca. Me subía y me bajaba del tren aturdido, obstinado, deslumbrado por el lenguaje volcánico de Pablo de Rokha, por las resonancias bíblicas de Gabriela Mistral, por la poesía de astronauta de Vicente Huidobro, maravillado por la sencillez genial de la antipoesía de Parra, por el erotismo virtuoso de Gonzalo Rojas, por la palabra coronada de botellas rotas de Enrique Lihn.

Ahí estaba la poesía en verso presente.

Al final de la semana, encandilado sobre todo por la poética de Parra —era posible hacer poesía con palabras simples como piedra, agua, pan, cerro—, llegué a los buques y, sin siquiera sacudirme el polvo del caliche, reuní mi producción poética que sumaba más de cien poemas y los amontoné en una pirámide en medio del patio. Me sentí extrañamente irreal cuando, en cuclillas, sin que me temblara el pulso, raspé un fósforo y les acerqué la llama.

Mientras contemplaba las hojas devoradas por el fuego, recordé la imagen bíblica de la zarza ardiente. En el crepitar de las llamas me parecía oír aullar a mis pobres versos rimados y medidos estrictamente, y en los que de ninguna manera podían faltar esas palabras líricas por antonomasia: lirio, crepúsculo, palimpsesto; y que ahora me parecía verlas saltar como pavesas desde las llamas del fuego purificador.

Pavesa era otra palabrita apetecida por mis poemas.

II

Aura, hermana mía, tiempo que no te escribía, es que entre el colegio y ayudar a mamá en la pensión se me va el tiempo como un cohete. Menos mal que mamá se trajo a las primas Rosy y Mary para que ayudaran con los pensionistas, ya estaba aburrida de atender mesas y lavar platos yo sola. Nos reímos mucho con las primas, son muy chicha fresca, como son los de ciudad. Con decirte que se la pasan poniendo sobrenombre a los pensionistas. Mientras miramos por el hoyito secreto que tenemos en la cocina, nos reímos como locas con los motes que se les van ocurriendo. Pero aunque me divierto mucho nunca va a ser como contigo. Éramos tan unidas, no por nada nos salió el primer diente el mismo día, empezamos a caminar juntas y hasta aprendimos a leer al mismo tiempo. Una pena que alcanzáramos a divertirnos tan poco con nuestro parecido. Hasta los papás dicen que se confundían, que a veces le daban doble mamadera a una y la otra se quedaba en blanco, y que una vez me enfermé yo y te pusieron la inyección a ti. ¿Te imaginas las bromas que haríamos ahora vistiéndonos iguales? Pero tú te fuiste y, bueno, mamá dice que Dios sabe por qué hace las cosas. Chau, hermana.

III

Dicen que Rosario Fierro entró al gimnasio por casualidad. Más bien buscando sombra. Eran las tres de la tarde y en la calle un sol al rojo blanco ardía a un palmo de los techos de zinc. Adentro el calor no era menos, solo que no quemaba.

El denso olor a transpiración y a pez castilla lo golpeó de entrada. Se sentó en un banco de durmiente junto a la puerta a terminar su paquete de galletas de monitos. En el local había cuatro hombres contando al pugilista que, empapado en sudor, hacía cuerdas sobre el cuadrilátero. Menos el púgil, que solo le echó una mirada de reojo, los demás se lo quedaron viendo con un interés que a Rosario Fierro le resultó estorboso.

Pasado un rato, le preguntaron si venía a entrenar. Ante su negativa —solo moviendo la cabeza, pues tenía la boca llena—, lo invitaron a hacerlo. Tenía actitud y buen porte.

Le preguntaron cuánto pesaba.

—Un poco más de ochenta —dijo Rosario Fierro, salpicando grumos de galleta.

Como para semipesado, se dijeron los hombres.

¿Se había puesto los guantes alguna vez?

—Nunca.

¿En qué andaba por estos desiertos? Si se podía saber, claro.

Zampándose de un envión una tortuga y algo como un oso hormiguero, Rosario Fierro dijo que en busca de trabajo.

¿Era mayor de edad?

—Tengo veintidós.

¿Alguna profesión?

—En el sur era pastor de cabras.

Los hombres se miraron entre sí y las carcajadas se estrellaron ásperas contra las paredes de calaminas. Iba a ser difícil en ese desierto conseguir un trabajo parecido.

—Podría buscar en la mina pastoreando bolones de caliche —dijo el que hablaba como afásico y tenía la nariz quebrada.

—¡O en la planta de agua! —gritó el gordo colorín en camiseta, despatarrado sobre una mecedora de mimbre al fondo del local (más tarde Rosario Fierro sabría que la planta de agua era donde se procesaba el agua servida, o sea, la mierda).

Por los agujeros de las calaminas del techo se colaban rayos de sol en los que partículas de

polvo dorado flotaban con la simpleza cósmica de galaxias en miniatura.

Pensando que esos cabrones podrían ayudarlo a conseguir trabajo, Rosario Fierro se dejó embromar a gusto. Luego, en actitud indolente, preguntó si entrenar quería decir pelear con alguien.

Si él quería nomás, le dijeron.

—¿Y con quién tendría que agarrarme?

—Con ese —apuntó uno hacia el ring.

Lo midió con la mirada. El tipo, un calvo con cara de descuartizador de reses, era más o menos de su peso. Tal vez más fornido, pero más bajo. En su tierra, por una cabra perdida, se había agarrado con huasos más pesados que ese. Se zampó la última galleta, se pasó la mano por el pelo —su copete a lo Elvis era su gran orgullo— y dijo que estaba bien, que le pusieran los guantes.

—Pero si gano ¿me conseguirían trabajo?

—De administrador de la Oficina —dijo el de la cara marcada por la viruela, que parecía ser el que mandaba.

En el ring, el calvo dejó de bailotear y de lanzar golpes al aire. Apoyado en las cuerdas, se puso a ver cómo le calzaban los guantes al nuevo. En su cara asomó una expresión de burla: a ese cabrito podrían ponerles los guantes cambiados y no se daría ni cuenta.

El de la voz de afásico, que los demás llamaban Mañungo y que era el que le ponía los guantes y se notaba como el de menos jerarquía en el grupo, le preguntó cuál era su mano buena. La zurda, dijo Rosario Fierro. El hombrecito —nariz quebrada y perigallo trémulo— miró de reojo al del cuadrilátero y le hizo un guiño.

Le dejó el guante zurdo mal atado.

Decían que Rosario Fierro había llegado del sur dos días antes, que dormía en el camarote de un amigo en donde debía de meterse a escondidas ya que los vigilantes de los buques no dejaban entrar a nadie que no perteneciera a la Compañía. Era el reglamento. Así como nadie podía ingresar bebidas alcohólicas, hacer fiestas o meter mujeres que no fueran prostitutas. Y las prostitutas para ejercer debían presentar su «carnet rosado» al día.

Ya listo para la pelea, el de la cara llena de hoyos le preguntó cómo se llamaba y de dónde venía. Rosario Fierro dijo su nombre, pero mintió en cuanto a su procedencia. Dijo que venía de Ovalle. Bastaba y sobraba que se burlaran de su nombre para que fueran también a burlarse del de su pueblo. Porque en verdad él era oriundo de Pejerreyes, un caserío cercano a Ovalle.

—Mi nombre es Retórico González —se presentó a su vez el hombre. Y en tono solemne subrayó—: Soy el entrenador de la Oficina.

Después, como precalentamiento, lo hizo saltar un par de minutos, hacer un poco de sombra y golpear el saco de arena. El huasito no tenía estilo, pero irradiaba una fuerza y un nervio casi

animal. Era un «amante en bruto», como decía Mañungo. Luego lo mandó a que le diera a la pera, pero fue un desastre.

—No te preocupes, muchacho —le dijo don Retórico—. Ya aprenderás.

Y sin más lo hizo subir al ring.

De pie sobre el cuadrilátero, cara a cara con el púgil, mientras el entrenador lo enteraba de las reglas básicas del box —no pegar en la nuca, no dar golpes en el bajo vientre, no abrazarse, no darle la espalda al rival—, Rosario Fierro se vio de más estatura, sentía su pecho más henchido, sus brazos más potentes, sus piernas más firmes. Se sentía bien ahí arriba, como si de verdad hubiese sido criado en un corral de cuerdas.

—Pelearán tres round de dos minutos cada uno —dijo el entrenador—. Yo haré de árbitro.

Luego miró hacia el fondo del local y gritó:

—¡Dale, Zanahoria!

El gordo de pelo de cobre, el único con reloj de pulsera, se incorporó con desgano, tomó un fierro y le dio al trozo de riel que hacía de campana.

¡Tong!

Al instante, movido como por un resorte, Kid Lona se le fue encima resoplando. Parecía un toro ciego. Lo seguía por todo el cuadrilátero sin parar de tirarle golpes. Rosario Fierro apenas podía esquivar la andanada de combos que le caían por arriba, por abajo, por los costados. ¡El hijo de puta parecía un pulpo con guantes! Él trataba de tomar distancia y tirar algún golpe huacho, pero el otro lo apabullaba a gualetazos. Más encima sentía que el guante de su mano zurda se le aflojaba.

En mitad del segundo round, bajo una lluvia de combos que lo tenía por las cuerdas y a punto de caer, Rosario Fierro vio volar su guante izquierdo y, al mismo tiempo, a mano desnuda, sacó un gancho que dio en plena quijada de su contendor. Kid Lona cayó como un saco de papas. Rosario Fierro, luciendo un solo guante y aún en actitud de combate, se quedó mirando a su adversario despatarrado en la lona.

Lo miraba como alucinado.

En tanto los otros tres hombres se veían tan sorprendidos como él: no podían creer lo que acababa de pasar.

El huaso había ganado por nocaut.

—El tonto grande este —gagueó Mañungo— le hace honor a su apellido: pega como con un fierro.

—Bien entrenado y cambiándole el Rosario por un Kid, este huaso podría llegar lejos —dijo el pelirrojo.

El entrenador no decía nada, solo movía la cabeza de arriba abajo entrecerrando un ojo. A los otros les bastó ese gesto para saber que algo estaba tramando.

IV

Hermana, tengo una noticia bomba: al fin me dieron permiso para ser candidata a Reina de la Primavera, voy a representar a la alianza Mina, donde trabaja papá. Estoy loca de contenta. Fíjate que anoche pensaba el tete que hubiera sido para los organizadores si estuvieras aquí, no habrían sabido a quién de las dos elegir, aunque después me dije que de todas layas la elegida hubiese sido yo, porque además de linda soy la mayor, acuérdate que nací dos minutos antes que tú, ja, ja. Mi mamá fue la más difícil de convencer, tú sabes que papá apenas habla en casa. Ella dice que en la pampa hay que cuidarse del qué dirán y tiene razón porque aunque una no haga nada malo, siempre la gente anda con habladurías, sobre todo la vieja de enfrente que siempre se anda fijando en una, que con quién sale, que para dónde va, que cómo anda vestida, yo a veces le saco la lengua de puro mala que soy, creo que entre las dos la hubiésemos hecho rabiar de lo lindo. Bueno, hermana, después te cuento más. Chau.

V

Dos semanas después del hallazgo del libro en la vitrina de la librería, hice un descubrimiento aun mayor, y que me volteó la vida: en la Oficina existía una biblioteca pública. En la pequeña salitrera de donde venía y donde me había criado, nunca hubo biblioteca, de modo que jamás había entrado a una. En mi azarosa vida de niño pampino lo más que había visto eran tres libros juntos, uno encima del otro: la Biblia, el himnario y el Nuevo Testamento de mi padre.

No podía creer cuando el Chino Crespo, compañero de cuadrilla en la mina, el de menos facha de lector, me contó de su existencia. Esa mañana, mientras el capataz detrás de los desmontes hacía su evacuación diaria, puntual y cronométrica, como cada día a las nueve y media de la mañana y por exactos veinte minutos, nosotros aprovechábamos de descansar a orillas de la vía férrea, dando golpecitos en los rieles para engañar a sus orejas de caballo (sabiendo que no lo engañábamos), el Chino Crespo me dijo que la biblioteca, donde él iba a leer revistas deportivas, estaba instalada, casi se diría camuflada, en una casa igual a todas, a unos pasos del estadio de box. Hoy es un día espumoso —me dijo el Chino—, si tú me invitas a una espumosa heladita, yo te llevo.

Para él los días se dividían en dos clases: los vinosos eran los nublados y los espumosos los soleados.

La primera vez que entré a la biblioteca me quedé como aturdido. No podía creer lo que veía: repisas, estantes y anaqueles colmados de libros. Libros grandes, pequeños, delgados, gruesos; libros de tapa dura, de tapa blanda, con lomo, sin lomo; libros con portadas de todos los colores. Libros, libros y más libros. Y para rematar el cuadro, sillas y mesas para acomodarse en ese pequeño silencio azul dentro del gran silencio incoloro del desierto, que invitaba al regocijo inigualable de la lectura. Aquí deben de estar todos los textos publicados en el mundo, pensé atónito. Después me daría cuenta de que la biblioteca era más bien exigua, y que casi todos los volúmenes que la habitaban eran ediciones de los años cincuenta hacia atrás. Daba la impresión de que la Compañía después de esa década había dejado de comprar libros para siempre.

Me convertí en uno de sus parroquianos más asiduos, casi en un devoto. Y era uno de los pocos, sino el único, que iba a leer libros de literatura. Los hombres en general llegaban a consultar

textos técnicos, a hojear diarios o revistas misceláneas. Las pocas mujeres que se veían iban sobre todo a ayudar a sus hijos en las tareas escolares.

Estar en la biblioteca era para mí como estar en la habitación favorita de la casa que nunca había tenido. Hasta ese momento jamás había vivido en una casa que se pudiera llamar propia; las de las oficinas eran propiedad de la Compañía y cuando el obrero era despedido, o cuando la salitrera paraba sus máquinas, la familia debía entregarla, embalar sus pocas pertenencias y partir. Había que irse sin mirar atrás. En el caso de paralización de faenas, los campamentos eran desarmados, desmontados y encajonados, y los materiales sobrantes vendidos por chatarra. Sus habitantes nunca más volvían a ver sus casas, sus calles, el pueblo donde crecieron, se casaron, tuvieron hijos y enterraron a sus muertos. Por eso había que irse sin voltear la cabeza: nos podía pasar lo que a la mujer de Lot.

Tanto tiempo pasaba en la biblioteca que en pocos meses había explorado todos los rincones de sus estanterías siempre llenas de polvo. No importaba las veces que se pasara el plumero, la polvareda de los chancadores de caliche se cernía fatalmente, día y noche, sobre las repisas y los libros. A la salida del trabajo me iba directo a la biblioteca, todos los días. Para asombro de los habitués, que me miraban con esa especie de indulgencia con que se mira a los sabios locos, yo había tenido el temple de hojear cada uno de los veinticuatro tomos gigantescos de una enciclopedia empastada en cuero y con letras en bajorrelieve, que nunca nadie había hojeado. La faena me llevó tres meses enteritos, de lunes a sábado.

Pero sobre todo yo iba a leer poesía. Además de los poetas nacionales allí clasificados, conocí y leí casi a toda la generación española del Veintisiete (no por nada el primer administrador de la Oficina había sido un español) y a algunos poetas del Siglo de Oro. De modo que la señora a cargo ya me trataba con deferencia maternal y me dejaba buscar y rebuscar a mi antojo en los anaqueles más recónditos e inasequibles.

«El joven poeta», me llamaba.

Yo enrojecía.

La palabra poeta siempre me pesó como un halo de piedra. De niño creía que los poetas estaban todos muertos. O que eran entes sublimes, casi incorpóreos. Me parecía imposible que alguien que escribiera cosas tan bellas tosiera, por ejemplo, o escupiera, o echara sangre por las narices. Yo jamás había visto a un poeta en persona, y la posibilidad de ver a uno en el desierto me parecía tan probable como encontrar a un oso polar retozando en la reverberación de las arenas ardientes. No, yo no era poeta, apenas un gentil tratando de arañar las entretelas de la belleza, con un lápiz Faber N°2, en las hojas de un cuaderno cuadriculado.

Nunca había tenido muy claro por qué no podía escribir mis poemas si no era en un cuaderno cuadriculado. Y con lápiz Faber N°2. En la mina, sin embargo, cuando en medio de la faena llegaba a visitarme el duende —yo no tenía musa, sino duende— garabateaba mis versos en el papel en que llevaba envuelto el pan con mortadela, y luego seguía tirando pala, dándole al chuzo o golpeando durmientes con el macho de veinticinco libras.

En las ocasiones en que no tenía nada a mano, ni siquiera el envoltorio del pan, me iba a los desmontes con el pretexto de hacer descuerdo. Aunque lo mío era *despíritu*, pues allí, acuclillado, sin bajarme los pantalones, me ponía a escribir los versos en la arena. A la hora de la colación volvía con mi cuaderno y mi lápiz hasta el lugar marcado con un mono de piedra y procedía a copiar lo escrito. Esto cuando lo hallaba, porque a menudo sucedía que un remolino de arena había pasado barriendo alegremente la arena y borrando lo escrito sin ninguna compasión. Muchas veces me acongojaba pensando que quizás mis versos mejores, los más inspirados, dignos de cualquier antología, me los había borrado el viento. Pasado el tiempo me lo tomaría con más liviandad y aseguraría a mis amigos —enigmática la sonrisa—, que mis primeros críticos literarios habían sido los remolinos de la pampa.

Sin embargo, nadie en la mina estaba enterado de que escribía poesía. Y yo cuidaba que ninguno lo supiera. Para esos hombrones venidos de los campos sureños, de manos toscas como arados, todos de muy buena tela como género humano, pero sin educación la mayoría, eso de escribir versos era cosa de mujeres. O de señoritos delicados de cutis. De modo que yo escribía y guardaba mis poemas como si fueran las pruebas acusatorias de un delito con pena de cárcel. Y como había entrado al liceo nocturno a sacar mi enseñanza media, cuando alguno me preguntaba qué tanto le daba al lápiz, decía que eran tareas escolares.

La cuadrilla de carrilanos a la que fui integrado tenía fama de ser la más brava de la mina, la que los jefes pedían a gritos por los teléfonos cuando se producía un descarrilamiento y había que reparar de urgencia la línea férrea. «La cuadrilla de Benavente» la llamaban. José Benavente era el capataz más rudo de la mina, el único entre los capataces con la facultad de elegir a los integrantes de su cuadrilla, el único que se daba el lujo de aceptar o rechazar a los obreros que le enviaban del Departamento de Contrataciones. Cuando a un tipo le hallaba cara de malo para sudar, sentenciaba rotundo:

—Este tiene cara de «toro sentado». Metemáticamente no me sirve.

José Benavente era analfabeto y «metemáticamente» era una palabra mal pronunciada que usaba de muletilla aun en frases que no venían a cuento. Yo había llegado a integrar su cuadrilla cuando él se hallaba de vacaciones. En mi primera jornada en la mina hubo un descarrilamiento de proporciones y, aunque se suponía que yo iba a trabajar en otra área, ante la emergencia, el jefe de rajo me envió a reforzar la cuadrilla. Por esos mismos días, don Lolo, el más viejo de los

carrilanos, cayó enfermo, y entonces se optó por dejarme en la cuadrilla hasta que llegara el capataz.

Él diría si aceptaba o no que me quedara de planta.

El día antes del regreso de Benavente, todos en el rajo —barreteros, perforistas, paleros, dragueros, cargadores de tiro— apostaban una oreja y media a que, apenas llegara el cascarrabias del capataz, me iba a echar «metemáticamente» de una sola patada en el culo.

Sobre todo, bromeaban los viejos, cuando vea las delicadas manos de pianista que se gasta el cabrito nuevo.

VI

Aura, anoche soñé contigo ¿soñarás tú conmigo? acuérdate que además de llorar y reír por las mismas cosas, hasta soñábamos lo mismo. El sueño era muy triste y desperté y me puse a recordar el día en que te fuiste, yo iba al frente de la procesión y llevaba una cruz blanca igual como llevo el estandarte en los desfiles de la escuela, el cementerio al otro lado de la torta de ripios me pareció tan pobre como nuestro campamento. Mamá iba junto a las vecinas y todas lloraban y decían que tú no eras para este mundo. Papá llevando el ataúd transpiraba a chorros y no dejaba que nadie lo ayudara, más atrás iban los niños con las coronas de papel, y a mí de pronto me daba la loca por pensar que eras tú la que llevaba la cruz y yo la que iba dentro del cajón. En el cementerio había tumbas de niños con sus cunas encajadas sobre el montoncito de tierra, como si debajo aún siguieran durmiendo. Han pasado seis años y parece que fue ayer nomás. Todo eso estaba recordando cuando sonó el despertador y tuve que levantarme. La vieja canuta de la esquina dice que algún día estaremos juntas de nuevo, ojalá. Chau, hermana.

p.d. Se me olvidaba: llegó un pensionista nuevo, muy joven, se llama Eleazar Luna, después te cuento más.

VII

Después de que noqueara a Kid Lona —«Fue una chiripa del cabro», rezongaba el púgil—, al entrenador, que además era presidente de la Asociación de Box, no le costó nada conseguirle trabajo a Rosario Fierro. Este huasito, con buen entrenamiento y mucha disciplina, pinta para campeón nacional, le argumentó al jefe de personal. Además, por destacar en los Juegos del Salitre celebrados cada año en la pampa, las oficinas del cantón contrataban de preferencia a trabajadores deportistas.

—Eso sí —le advirtió don Retórico González cuando le dio la noticia—, por ahora solo hay vacantes en la mina.

—En lo que sea está bien, jefe —dijo Rosario Fierro—. La cosa es volver a oír el golpeteo de la cuchara.

Esa misma tarde, Rosario Fierro comenzó los papeleos y trámites de rigor y dos días después, tras un examen médico no muy católico, como le comentó a su amigo —«El doctor jamás me miró de frente ni me dijo una palabra»—, se levantó a enfrentar su primer día de trabajo.

El departamento de bienestar le asignó un camarote en los buques, ocupado por tres obreros: dos tiznados del taller mecánico y un dependiente de la sección abarrotes de la Pulpería. Rosario Fierro tuvo que conformarse con dormir en la parte alta de una de las literas, cosa que a nadie agradaba mucho. Con todo, había tenido suerte, pues luego se enteró de que algunos camarotes eran habitados hasta por seis viejos, y en tiempos de enganche se llegaban a meter hasta ocho. Y nunca faltaba el obrero que llegaba borracho y vomitaba al que dormía en lo bajo de la litera.

—Igual que en el campo —dijo Rosario Fierro—: las gallinas de arriba cagando a las de abajo.

Eso era lo de menos, le aseguraron sus compañeros de habitación. Lo peor venía cuando, en días de pago, a alguno se le ocurría llevar una prostituta al camarote y la crujidera del somier y el concierto de gemidos se convertía en una tortura para los demás.

Apenas firmó contrato, Rosario Fierro pidió pensión en la fonda donde comía su amigo. Por la cantidad enorme de comensales, el puchero allí no era muy bueno pero salía más barato que comer en las pensiones particulares. Dicen que durante una semana, lo que demoró en llegar el pedido de colchones a la pulpería, Rosario Fierro se acostó sobre la parrilla del somier y cada día amanecía con los zunchos marcados en la espalda. Sin embargo, nada de eso ensombrecía su ánimo.

Después supimos que desde niño, en su oficio de pastor de cabras, se había enfrentado a los rigores de la vida dura y que ni el hambre ni la sed parecían hacerle mella.

El Niño de Fierro le decían en su pueblo.

El apodo se lo había ganado tanto por su aguante en los cerros como por sus riñas en las que nunca se le vio llorar, así terminara coloreando en sangre. Algo se apoderaba de él cuando peleaba, algo que lo convertía en gato de monte y hacía que no sintiera los golpes de sus rivales. Desde muy chico se sintió superior y siempre le gustó desafiar a niños de más edad, o más corpulentos. Los desafiaba porque sí, porque le daba la gana, porque mientras peleaba se sentía fuerte. Se sentía bien.

—Me siento como un pozo de agua lleno hasta el tope —decía.

Desde siempre su sueño había sido irse de su pueblo. Partir a cualquier parte en donde pudiera llegar a ser un boxeador profesional. Ganar peleas, disputar títulos, ceñirse cinturones de campeón y, en vez de un hediondo ato de cabras de monte, pastorear manadas de mujeres bellas y perfumaditas, mujeres de todas layas y pelaje.

En su vida solo había visto dos peleas de box, las dos por televisión, las dos incompletas. En su pueblo la luz eléctrica la cortaban a la once de la noche en punto, de modo que las dos veces no pudo ver a qué púgil le habían levantado la mano de vencedor. Lo mismo ocurría con el programa de cine de las diez de la noche: los parroquianos del bar donde estaba la única tele del pueblo siempre se quedaban sin ver el final de las cintas. Era tanta la frustración —algunos hasta soñaban los finales— que lo primero que le pedían a los afuerinos que atinaban a llegar por esos pagos, era que por favor les contaran cómo terminaba la película que habían exhibido por la tele el día tanto, a tal hora.

En su primer intento por irse al norte con su amigo, su padre enfermó y su madre le rogó que se quedara otro tiempito. El hombre estaba desahuciado y podía morir en cualquier instante. Su amigo partió solo y él se quedó a regañadientes, puteando a su viejo por dentro. Su padre nunca lo había tomado muy en cuenta y él tampoco le guardaba mucho cariño. Entre otras cosas porque a él le debía la afrenta de llamarse como se llamaba. Su viejo se había emperrado en homenajear a la virgen del Rosario de la que era devoto. Qué culpa tenía él de sus creencias. Solo dos cosas le agradecía y le iba a agradecer siempre: el apellido Fierro, que venía a corregir lo blandengue de su nombre, y el regalo genético de sus ojos verdes. «Verde lascivia», decían las mujeres del lugar.

Cuando al fin murió el viejo, Rosario Fierro avisó a su madre que ahora sí que sí. En una semana más se iba al norte. Desde allá podría ayudarla de mejor modo. Aunque tenía poca educación y no sabía más que pastorear animales, de algún modo se las arreglaría. «Con leer y escribir basta y sobra», había dicho el cabrón de su padre cuando lo sacó de la escuela en tercero de preparatoria y lo mandó al cerro a cuidar cabras.

Ahora, en el tren rumbo a la mina, en su primer día de trabajo, aguantando el frío atigrado de la pampa, Rosario Fierro recordó todo aquello. Y recordó la mañana en que, sin despedirse de nadie, ni siquiera de su madre —dos días antes de lo previsto—, con medio queso de cabra, dos panes amasados y las pocas pilchas que tenía, se embarcó para el norte en el tren Longitudinal. El paisaje visto desde la ventanilla del tren, en los dos días y dos noches atravesando el desierto, le hicieron pensar en un lugar creado para purgar pecados. (Al paso de los días, se comentaba en la Oficina que el púgil se había venido de su pueblo huyendo de la policía, luego de golpear a un tipo hasta dejarlo en estado de coma).

El tren a la mina partía a las seis y media de la mañana y él, en mangas de camisa, a las seis en punto ya estaba encaramado en uno de los carros. En el sur se levantaba al quebrar el alba, decía él.

El convoy estaba compuesto de jabas de ganado acondicionadas exiguamente para llevar y traer a los obreros de la mina. Le habían agregado asientos de palo, dispuestos a lo largo, pero carecía de puertas, de tal modo que el viento cortante de la pampa se colaba inmisericorde durante los cuarenta minutos que demoraba el trayecto.

Llegó a la mina amoratado de frío.

Tras presentarse en la garita del jefe, luego de ejecutar violentos ejercicios para no entrar tiritando como perro envenenado, Rosario Fierro fue asignado a la cuadrilla de carrilanos en reemplazo de un obrero que había sufrido un accidente.

—Vas a prueba —le dijo—. Depende del capataz si te quedas o no.

En la casucha de lata de los carrilanos fue recibido con curiosidad. Ya se había corrido la bulla de que llegaría un tonto grande que se las daba de boxeador. Una gran fogata de durmientes avivada con petróleo ardía a la entrada de la casucha —que tampoco tenía puertas— y los viejos, acuelillados a su alrededor, tomaban el té comentando los estragos de sus últimas borracheras y los pormenores de la infaltable gresca diaria en la fonda de obreros.

Rosario Fierro entró saludando con un resuelto «Buenos días a todos». Su actitud y su tono querían parecer desenvueltos, pero el resultado rozaba la desfachatez. Se sentó a la mesa de latón, lo más junto al fuego que pudo. Al ver que no traía jarro para el té, yo le presté el mío y le indiqué dónde estaba el agua hervida.

—Soy Eleazar Luna —le dije. Como éramos los más jóvenes, nos pusimos a conversar de inmediato. Los demás de a poco comenzaron también a meter la cuchara y terminaron ametrallando a preguntas al púgil: de dónde venía, cuánto tiempo llevaba boxeando, en qué peso peleaba.

El único que no preguntaba era el capataz. Sentado al fondo de la mesa, atusándose los mostachos de alambre, se limitaba a observarlo en silencio, como tasando la fuerza y el vigor de ese pajarraco fornido.

«Algo tenía ese cabrito que me daba mala espina», me diría tiempo después Benavente.

Al terminar la choca, antes de salir de la casucha, el capataz le asignó un casillero.

—El candado lo traes tú —le dijo, escueto.

Cuando ya la cuadrilla estaba lista para salir a encarar la nueva jornada, saqué de mi casillero una chomba de lana tejida en moños y se la pasé. Lo hice como al desgaire, que no pareciera que le hacía un favor:

—Me la regaló un amigo y me queda un poco grande —le dije.

Lo recibió sin decir nada.

VIII

Aura, hoy me siento mejor. La última vez que te escribí el sueño me puso muy triste. Yo me acuerdo cuando hablábamos sobre qué haría cada una si la otra se muriera, y tú llorabas de solo pensarlo. Bueno, pero dejémonos de tristuras, te cuento que el pensionista nuevo es lindo, pero un poco pavo, con mis primas lo miramos por el agujero de la cocina, vemos cómo mastica, cómo bebe agua, cómo mueve las manos para conversar las pocas veces que conversa, porque es muy callado, y muy educado, es el único que se limpia los pies antes de entrar y dice buen provecho, caballeros, y siempre viene lavadito y peinadito, no como los demás que se vienen del trabajo todo enterrados. Vieras cómo me mira cuando le sirvo los platos, no sé todavía si me gusta o no, tiene algo que sí y algo que no. Una pena que no estés aquí, hermana, si nos gustaban los mismos vestidos y las mismas canciones, seguro que ahora nos gustarían los mismos hombres. ¿Imaginas las diabluras que habríamos hecho? aunque papá dice que tú eras más seria, yo sé que me acompañarías en las bromas ¿te imaginas cambiando de pareja en la oscuridad del cine? de solo pensarlo me muero de risa. Se me está pegando lo putinga de las primas, vieras las cochinadas que me enseñan. Bueno, te dejo, tengo una actividad con la alianza, acuérdate que soy candidata a reina y hay que trabajar muchísimo como dice la mamá. Chau.

IX

Yo había sido criado en la salitrera Buenaventura, hoy convertida en pueblo fantasma, y a la edad de nueve años había quedado huérfano de madre. Mi padre, un minero de toda la vida, y predicador pentecostal, se había jubilado y vuelto al sur cuatro años antes. Enfermo de silicosis, lo único que anhelaba era dejar sus huesos en Vallenar, su ciudad de nacimiento. Yo, su hijo único, opté por quedarme en la salitrera. Al cumplir los quince había logrado ingresar a la Compañía como mensajero, una de las labores que ejercían los niños en la industria, y estaba feliz de ganarme el pan con mi propio esfuerzo.

Al quedar solo comencé a escribir poemas. Poemas de amor. Desde los trece años había estado enamorado hasta los huesitos de María Margarita, una niña que me llevaba por un año, y que tenía la rara afición de contar películas. Nunca me atreví a hablarle porque, según murmuraba la gente, a sus cortos años la niña ya era amante del gringo administrador de la salitrera. A ella le escribí mi primer poema.

Al poco tiempo de cumplir mi mayoría de edad, paralizó Buenaventura, donde había enterrado a mi madre, y emigré a Pedro de Valdivia, una de las más grandes del cantón central, ahora mi lugar de trabajo. De esto hacía nueve meses y catorce días. Sabía exactamente el tiempo transcurrido desde el día de mi llegada: lo tenía marcado en un calendario que me regaló un comerciante al que le compré un par de alpargatas azules y que tenía esa foto inolvidable de Marilyn Monroe parada sobre la rejilla de ventilación del Metro con su acampanado vestido blanco levantándosele hasta el cuello.

Aunque la soledad paquidérmica de la pampa a veces me ponía la pata encima, la mayor parte del tiempo me sentía muy bien en esta Oficina. Aquí había firmado mi primer contrato de adulto, había encontrado una biblioteca y estaba completando mi educación en el liceo nocturno. Esto último lo hacía en la creencia inocente de que me serviría para mejorar mis versos. Lo único que quería en la vida era escribir cada vez mejor. La poesía era mi tabla de salvación para sobrevivir al hastío planetario de la pampa, al trabajo infame de la mina y al trato de esclavo chino que me daba el capataz en la cuadrilla.

«Parece que me cambiaron carne por charqui», comentó Benavente, al volver de vacaciones y ver que don Lolo ya no integraba la cuadrilla y que en su lugar estaba este cabrito con cara de bobo y

manos de secretaria pituca. Desde esa misma mañana comenzó un hostigamiento implacable. Él no me había pedido, por lo tanto si el muchachito quería quedarse en la cuadrilla tenía que tragar saliva y aguantar, pues, carajo.

Me daba las tareas más difíciles: los durmientes de fierro más torcidos los tenía que enderezar yo, los pernos más oxidados los tenía que sacar yo, el terreno más duro lo tenía que picar yo, y con la picota más roma de todas. A veces, en los días de reparación de la línea férrea, sobre todo en la curva de entrada o de salida del rajo, tras recorrer el kilómetro de distancia que había desde la casucha —kilómetro que bajo el sol se alargaba como chicle—, apenas llegar al lugar de trabajo, sin siquiera aparentar un olvido, el capataz me mandaba de vuelta a buscar alguna herramienta que había dejado tirada de adrede. Yo me devolvía sin chistar ni mistar, sin hacer siquiera una mueca de protesta. Benavente todavía no sabía que lo que más me gustaba en la vida era caminar, que caminando se me ocurrían las mejores ideas, mis mejores versos.

Sin embargo, de a poco me fui ganando su aprecio. Yo no rezongaba ninguna orden, nunca llegaba tarde al tren ni fallaba al trabajo. Y siempre estaba dispuesto a subir al cerro cuando por alguna emergencia me iban a buscar a medianoche. A diferencia de muchos otros que se escondían o se hacían los enfermos o los hallaban en alguna cantina, borrachos como taguas.

Cuando algunas veces a la hora de colación, estando todo normal en el rajo, nos dábamos el lujo de hacer un rato de sobremesa, Benavente se quedaba absorto oyéndome hablar del espacio exterior, nombrando planetas, lunas y galaxias, dando pequeños detalles básicos de astronomía mezclados con narraciones de libros de ciencia ficción y teorías sobre la existencia de seres extraterrestres, asuntos que asombraban y maravillaban sobremanera el espíritu simple del capataz.

—Este cabro es leído —comentaba después—. Metemáticamente le sabe el nombre a las cosas que nosotros solo llamamos «esas cuestiones».

Y comenzó a tratarme mejor.

Por ese tiempo fue que me volví a enamorar hasta la tontera. Tal como había ocurrido con la niña contadora de películas, este era también un amor en silencio. De película muda, me decía a mí mismo, enrabiado por mi timidez sin remedio.

Ella se llamaba Leda, y era hija de la dueña de la cantina donde pedía pensión. Hija única. Aunque después supe que había tenido una hermana gemela que se murió a los once años. Leda era alta, esbelta, risueña, blanca como pocas niñas en la pampa. Y tan bella que la habían elegido de candidata a Reina de la Primavera. Desde sus trece años, los organizadores del evento venían rogando a los padres para que le dieran el permiso de presentarse al concurso y, esta vez, al cumplir los diecisiete, al fin habían obtenido su venia.

—Ella ya está grandecita para saber qué es bueno y qué es malo —había dicho doña Diolfina,

su madre.

Yo me enamoré de la niña una tarde en que hacía hora en la plaza para entrar al liceo. La vi pasar en dirección a la pulpería. Llevaba un vestido de campana, de color azul, una moña María terciada sobre el hombro y, flameándole en la mano, una immaculada bolsa de compras hecha de saco harinero, con dos canarios bordados en una rama de color lila. La muchacha, de una postura altiva, una estructura ósea finísima y el garbo indesmentible de una reina del desierto, era de una hermosura alelante. Solo que se notaba demasiado que lo sabía.

Intrigado, y sin salir de mi impresión, le pregunté al Chino Crespo, que en ese instante apareció en la esquina, si sabía quién era esa niña. Por supuesto que la conocía. Y hasta me podía dar el nombre si me rajaba con dos cervezas heladas, pues, por si no me había fijado, el día estaba espumoso. Yo acepté y el Chino Crespo no solo me dio el nombre sino que me contó que la niña era hija de la señora donde él pedía pensión.

—¿Y cómo yo no la había visto antes? —me quejé lastimero.

—Porque tú pasas metido en la biblioteca —me reprochó—. Para que lo vayas sabiendo, todos los solteros de la Oficina andan como perritos nuevos detrás de ella. Bueno, y algunos casados. Ella es hija de don Servando Flores, un operador de pala de la mina, un tipo quitado de bulla y bueno como el pan. Pero su madre, doña Diolfina Alcántara, es cosa seria, y la cuida como a hueso santo. Dicen que su hermana gemela tuvo una muerte un tanto misteriosa, y la «huasa Diolfina», así le dicen a la doña, no quiere ahora perder a su otra hija.

Esa misma noche cancelé los días adeudados en la fonda de obreros donde comía, y me fui a pedir pensión a la casa de la muchacha.

En principio me conformaba con mirarla. Al llegar a la pensión, tras limpiarme los pies minuciosamente en el felpudo con la palabra Bienvenido, entraba saludando a los comensales con un «buen provecho, caballeros», y me sentaba en la mesa más arrinconada. Entonces, tal si llegase justo al inicio de una función teatral, aparecía ella desde la cocina con dos platos en cada mano, moviéndose entre las mesas en una especie de danza doméstica, y con una sonrisa que tenía subyugados a todos.

Esta niña nació con el don de la risa, me decía embelesado.

A los pocos días, en un arranque de lirismo, comencé a dejarle papelitos con versos, de la misma manera en que los demás pensionistas le dejaban caramelos y chocolates. Los deslizaba furtivamente debajo de los pañitos tejidos a croché sobre los que se ponían las botellas de agua y las alcuas. Pero luego me di cuenta de que sus primas sospechaban de mí, pues en cuanto me veían llegar, comenzaban a murmurar y a reírse por lo bajo con una risita de ratonas asmáticas.

Sin embargo, pasado los primeros días vislumbré también que la niña Leda, como le decían en la casa, me miraba de modo distinto, tal vez con más intensidad que a los otros. O al menos eso

me hacía creer mi imaginación de poeta enamorado. Lo que de ningún modo era fruto de la imaginación, porque saltaba a la vista de todos, era que mis platos llegaban más rebosantes que los platos de los demás, más grande la papa, más contundente la presa de la cazuela y más extensa la mancha de ají color en los porotos con riendas. Comencé a sentir esperanza. Un día cobraría valor y la invitaría al cine, me prometí a mí mismo.

Cuando Rosario Fierro llegó a integrar la cuadrilla, yo estaba enamorado hasta la raíz del pelo. En verdad la niña Leda me traía en un estado catatónico. Si la poesía me ayudaba a sobrellevar la dureza de la pampa, mi amor por ella, que aumentaba a cada mirada, a cada sonrisa, a cada roce de su mano cuando me servía a la mesa, convertía estas peladeras en huertos, en vergeles de los que cantaban aquellos poemas pastorales que yo leía con tanta unción en la biblioteca.

X

Hermana, una copucha: el pensionista nuevo, además de mirarme con ojos de cordero degollado, ha comenzado a dejarme papelitos con poesías. Pobrecito, los deja sin firma para que no sepamos quién los escribe. No sabe que lo vimos por el hoyito cuando dejó el primero. Aunque de todas formas habríamos adivinado al tiro que eran de él, ya que es el único que tiene la mirada que deben tener los poetas, así como ida. Aunque las primas Rosy y Mary dicen, muertas de la risa, que tiene más cara de barbeta que de poeta. Te cuento que a las primas les pusieron también un sobrenombre, me lo contó un pensionista. Como son rellenitas y andan juntas para todos lados, les pusieron El Par de Ocho. Eso les pasa por andar burlándose de todo el mundo. Ahora yo me enojo cuando se ríen del joven Eleazar, y es que sus versos son muy lindos y aunque no los entiendo mucho igual me da una cosita en la guata. Bueno, eso es todo. La candidatura va como cohete. Chau.

XI

Los carrilanos tenían fama de duros en el trabajo, aguantadores para beber y bestiales en sus tratos de machos. Tan bestiales en esto último que en las grandes tronaduras hacían apuestas a ver quién tenía huevos para quedarse a la intemperie a menos de la distancia mínima establecida por los reglamentos del departamento de seguridad. Para espanto de los obreros de las otras secciones, estos bárbaros esperaban el estallido de los cientos de kilos de explosivos y se aguantaban ahí, a cielo descubierto, quietos, sin pestañear, mientras se elevaban las toneladas de tierra por los aires y piedras de todos los tamaños caían zumbando como meteoritos de muerte a sus costados. Se contaba en las cantinas que, en tiempos más antiguos, otra de sus gracias recurrentes era hacerse aplastar los dedos por las ruedas del tren para cobrar el seguro de accidente, que no les tiritaba ni el perigallo cuando, ya el tren encima, ponían sus dedos en la línea férrea. Cada dedo tenía su precio. Y lo peor de todo era que lo hacían simplemente porque se les había acabado la plata para seguir bebiendo. En el rajo era clásica la historia de don Arnoldo Tolosa, carrilano ahora jubilado, que había puesto tres dedos en los carriles del tren, los tres interiores de su mano izquierda. La diferencia estribaba en que don Arnoldo lo había hecho por una causa más loable, si se podía decir: tenía tres hijos estudiando y necesitaba el dinero para pagar la universidad. Lo acabronante de su caso no era que el bueno de don Arno se hubiera quedado mocho, sino que los hijos de puta de sus tres hijos, ahora que eran ingenieros titulados y usaban chequera y manejaban autos último modelo, se avergonzaban del pobre viejo. Y encima sus compañeros de cuadrilla, cruelmente geniales en poner apodos, no se habían demorado un tris en colgarle uno catalogado como de los mejores de la mina: el Cuento Corto. Esto haciendo mención al juego infantil en que, tomándose los dedos de la mano uno a uno, se va recitando rítmicamente: *este niñoito compró un huevito, este lo echó a la sartén, este le puso sal, este lo revolvió y este gordo mañoso se lo comió*. En su mano mutilada el cuento se reducía a: *este niñoito compró un huevito y este gordo mañoso se lo comió*.

Y de ese mismo corte eran las historias que se contaban sobre Benavente. El hombrón, de un metro setenta y cinco de altura, ochenta kilos de peso y cincuenta y nueve años de edad, además de ser fiero para el trabajo y poseer un genio de perro, tenía fama de guapo. No se dejaba pisar el poncho por nadie. Se decía que una vez, en un cambio de línea de los más arduos —de esos que debían realizarse con tres cuadrillas—, un carrilano de otro rajo, un bizco de un metro noventa de estatura, con arrestos de matasiete, cansado de soportar sus improperios y gritos de mando, lo

desafió a pelear detrás de los desmontes. El capataz no quiso responder al desafío: había que entregar la línea a las dos de la tarde y estaban atrasados. Sin embargo, al concluir la labor, cuando llegaron a la casucha a hacer la merienda, Benavente sacó un cartucho de dinamita de su casillero, le hundió un fulminante con una guía cortada a la mitad, se sentó frente al que lo había retado, lo puso sobre la mesa y encendió la guía con el pucho de su Liberty. Ante el pavor de los demás, que salieron atropellándose de la casucha, le dijo con tranquilidad:

—¡Ahora veamos qué tan gallo eres, conchetumadre. El que metemáticamente arranca antes de que el cartucho explote es un marica de mierda!

Por supuesto que el grandote del ojo extraviado, pálido de pavor, no soportó ni cuatro segundos el avance mortal de la guía y salió disparado detrás de los otros.

Con viejos de este calibre fue que el boxeador y yo habíamos llegado a trabajar a la mina. Yo un par de meses antes que él.

La diferencia fue que en un corto tiempo, gracias a mi empeño en el trabajo y, especialmente, a mis básicas lecturas de astronomía, había sabido ganarme el respeto del capataz. Rosario Fierro no lo logró nunca. Pese a que al principio no ahorra fuerzas cuando había que poner el hombro, ni se quejaba de la falta de agua en los cambios de línea (a veces los tambores quedaban tan lejos que era mejor resistir la sed hasta finalizar la tarea), así y todo el capataz le tenía ojeriza.

Decía Benavente —o era lo que trataba de decir en su peculiar modo de hablar— que el púgil era un holgazán disfrazado, que trabajaba sin convicción, que todo lo que hacía lo tomaba solo como ejercicio para endurecer su cuerpo de peleador. Y algo de cierto había en eso. Pues, pasado un tiempo, Rosario Fierro dejó de trabajar como al principio y varias veces fue sorprendido *corriendo el zorro*, como se decía de los que le hacían el quite a la faena y se escondían por ahí, al alero de cualquier cosa que hiciera un poco de sombra, artículo suntuario muy escaso de hallar en las calicheras. Y tomó la costumbre de practicar box a cualquier hora y con cualquier cosa que le sirviera.

Con el tiempo, Rosario Fierro y yo éramos los únicos carrilanos que no descansábamos después de la colación. Mientras los otros aprovechaban esos pocos minutos para armar partidas de briscas o echarse a dormir como quiltros en cualquier sitio sombreado, el púgil se plantaba a ejercitar sus músculos y yo me instalaba a leer algún libro o a escribir mis poemas.

Si leía, cuidaba bien de cubrir la portada del volumen con hojas de diario para que los viejos no se dieran cuenta de que eran poesías; y cuando escribía, cuando en plena creación de una metáfora me quedaba mirando la danza de una sílfide en el aire, o masticando mi Faber trataba de

dar con la palabra exacta para una rima asonante, no dejaba que nadie me aguaitara por sobre el hombro. En cambio, las tareas de la escuela las hacía a vista y paciencia de todo el mundo.

Aunque éramos diferentes como una piedra de pampa y otra de río, nos hicimos buenos amigos con el pugilista. Según los compañeros de cuadrilla uno de nosotros representaba la fuerza y el otro el caletre. Y ratificaban su dicho apelando al tamaño de nuestras manos: grandes y anchas como palas las de Rosario Fierro; largas y delgadas como manos de carterista las mías. Sin embargo, ambos sentíamos que fuerza y caletre eran la combinación perfecta para una amistad ideal.

Por las mañanas nos íbamos a la mina cabeceando juntos en la jaba; por la tarde nos veníamos juntos, sin parar de conversar, y desde el territorio de los buques salíamos juntos a la calle rumbo a nuestras pensiones. Rosario Fierro con su bolso deportivo al hombro para luego irse al gimnasio, yo con mis cuadernos bajo el brazo para enfilar a las aulas de la escuela nocturna.

Una de esas tardes, Rosario Fierro me insinuó que por qué no hacía la cimarra y lo acompañaba al gimnasio a entrenar. Si me animaba, hasta podría subir al ring a hacer guantes. Nunca estaba demás aprender a pelear.

—Podrías necesitarlo en cualquier momento —me dijo.

—No, gracias —respondí sin dudarle un segundo—. En cuanto a peleas y camorras callejeras, yo me guío por ese proverbio chino que dice que hay treintaiséis tácticas de artes marciales, y que la mejor es la de apretar cachete.

Los fines de semana, si no entrábamos al cine, nos quedábamos haciendo la tarde en la plaza, mirando a las jóvenes que se paseaban tomadas del brazo, mientras desde lo alto del kiosco los bronces de la sublime Banda del Litro desgranaban los mejores ritmos de moda.

Las primeras veces se juntaba con nosotros el amigo con el que Rosario Fierro había planeado venirse desde su pueblo. El joven, de aspecto pulcro y una seriedad forjada en bronce, poco después de llegar a la Oficina se había hecho testigo de Jehová. Yo me daba cuenta de que no le hacían ninguna gracia los chistes de doble sentido de Rosario Fierro. En especial lo apestaban sus conversaciones sobre mujeres. De modo que se fue distanciando de estos encuentros, arguyendo que los estudios bíblicos le absorbían demasiado tiempo.

—Antes no era tan cartucho este huevón —decía el púgil.

De lo otro que me daba cuenta, y era lógico, es que las muchachas dedicaban sus más decidoras miradas al pugilista. Muertas de risa, le batían las pestañas que era un gusto, mientras él, que gastaba todo su sueldo en ropas y afeites varoniles (no se acordó jamás de enviarle dinero a su madre), acomodándose el copete, les regalaba una ensayada sonrisa de tigre desdeñoso. Y siempre terminaba haciendo cita con la más agraciada.

Lo contrario ocurría conmigo. Aunque algunas también me sonreían prometedoras, yo estaba

enamorado de Leda. Para mí no había otra mujer en la Oficina. Unos días antes me había aceptado una invitación al cine, y en la penumbra de la sala, después de varios intentos, me atreví a tomarle la mano. Ese solo contacto me tuvo transportado todo el tiempo que duró la cinta. En esos ciento diez minutos me vi pasando el resto de mi vida junto a esta mujer preciosa: nos casamos, tuvimos hijos, malcriamos nietos, cumplimos bodas de oro y, al final de nuestros días, sentados en una piedra a la puerta de la casa, felices como flores, contemplábamos el alto atardecer de la pampa.

Ya al finalizar la película, mientras los violines de la banda sonora llegaban a su paroxismo, y en la pantalla el *jovencito* y la *niña* se unían en un desmedido beso de amor, me atreví a besarla. Ella me correspondió con los labios entreabiertos. La descarga eléctrica que sentí al contacto de su lengua galvánica me dejó atontado por el resto de la noche.

Fue glorioso.

XII

Aura, me muerdo la lengua por contarte, hoy me besé con el poeta. Resulta que comenté en voz alta que en el cine daban una de Tony Curtis, ¿te acuerdas cómo nos gustaban sus ojos azules y esos labios como ondeados que tiene? bueno, él esperó a que se fueran los demás pensionistas y me invitó a ver la película, yo le pregunté a mamá y mamá estuvo de acuerdo, ella dice que le gusta el joven Eleazar por caballero y porque si sacrifica horas de descanso para estudiar es porque piensa en el futuro, y esos son los hombres que valen. Así que fuimos a la función de vespertina. Él tuvo que faltar a la escuela, dijo que era su primera cimarra y solo lo hacía por mí. En el cine me compró pastillas Violeta y nos sentamos en la última fila, el pobre se notaba muy nervioso, lo único que hizo todo el tiempo fue tomarme la mano, vieras tú cómo nos transpiraban, a cada rato yo tenía que secármela en el vestido, solo al final me dio un beso. Te cuento que no sabe besar, tuve yo que meterle la lengua, creo que pronto me pedirá la amistad. Yo estoy indecisa, más encima mi candidatura a reina no me deja tiempo para nada. Tú qué dices, hermana. ¿Le digo que sí? Dímelo. Chau.

XIII

Por esos días dos acontecimientos públicos tenían eufóricos a los habitantes de la Oficina. Uno social, el otro deportivo. El primero era el inicio de la Fiesta de la Primavera —incluida elección de reina, carros alegóricos y baile de disfraces— y el otro era la visita de una representación de boxeadores profesionales de Santiago. La delegación capitalina, de gira por las ciudades del norte, pasaría a enfrentarse con los pupilos locales en una función de box programada para los mismos días de clausura de las Fiestas de la Primavera.

En ambas actividades, cada uno en lo suyo, nos hallábamos involucrados Rosario Fierro y yo. Él —ya se lo había notificado don Retórico González— iba a animar una de las peleas preliminares del programa boxístico, combate que sería su debut oficial en el cuadrilátero. Yo, por mi parte, me disponía a participar en el concurso de Canto a la Reina, actividad principalísima en los actos de la Fiesta de la Primavera. Cada uno se preparaba a su manera: Rosario Fierro con gran aspaviento y acompañado por una barra que lo animaba y le deseaba suerte. Yo, de manera solitaria y reservada, cuidando de que nadie se diera cuenta.

Eufórico por su primera pelea con público, puerta de entrada a la realización de sus sueños boxeriles, Rosario Fierro redobló sus prácticas en la mina. A mediodía, tras la dura jornada de trabajo, cuando todo el mundo llegaba a la casucha abatido hasta el desánimo —manos agarrotadas, ojos aguados, expresión de perro moribundo—, él, sin descansar ni un rato, comenzaba con sus elongaciones y ejercicios pugilísticos. Esto ante el entusiasmo de carrilanos, barreteros, cachorreros y cargadores de tiro, y con la muda resistencia del capataz que aún no podía tragar a ese jovenzuelo engreído.

Rosario Fierro primero se calzaba un par de alpargatas de cáñamo (después decidió hacerlo con calamorros con punta de fierro, para darle fuerza a las piernas), se quitaba la cotona de trabajo y, a torso desnudo, se largaba a saltar la cuerda y hacer sombra detrás de la casucha ante la mirada atenta de los demás obreros. Sin embargo, lo que más le gustaba a los viejos, que ya lo llamaban el Cassius Clay de la mina, era cuando se ponía unos guantes de box dados de baja que le habían facilitado en el gimnasio y empezaba a golpear un saco de arena que colgó detrás de la caseta de los explosivos. Allí, mientras todos se quejaban de que el vaho de la dinamita les

causaba dolor de cabeza, y se acercaban lo menos posible al polvorín, a Rosario Fierro ese olorcito agrio lo llenaba de energía y potencia.

—Es como un golpe vitamínico —reía sobrado.

En cuanto a mí y mi participación en la Fiesta de la Primavera, tan seguro estaba de que Leda sería la candidata elegida, que me entregué a escribir el Canto a la Reina inspirado exclusivamente en su belleza personal, un poema compuesto a su peso y medida. Como aún no le había pedido la amistad, ese texto sería mi perfecta declaración de amor.

Esa noche de gloria, cuando bajo una lluvia de serpentinas, música y fuegos artificiales, ella fuera ungida como Su Majestad Leda I, yo, erigido en su poeta laureado, tendría que subir al escenario y fascinarla con la declamación de mi canto, seducirla, magnetizarla, enamorarla de manera fulminante y definitiva.

Caído en estado de gracia, me llevaba el día y la noche escribiendo, borrando, corrigiendo, puliendo hasta el delirio cada verso, cada estrofa, cada metáfora. El mío parecía más salmo de amor que un Canto a la Reina. Escribía en la mina, corregía en el camarote, reescribía en el patio de los buques y volvía a corregir en los escaños de la plaza. Me levantaba a media noche a cambiar un adjetivo porque había soñado uno mejor, y a la mañana siguiente volvía a reponer el de antes. Trabajaba cada palabra como si de ello dependiera no solo mi futuro como poeta, sino el mismísimo curso de los astros girando en el universo.

Este es, pensaba yo con el espíritu encendido, el único modo de hacer poesía.

Aunque mis preferencias formales en el último tiempo iban en favor del verso libre, pues sentía que la rima no era esencial, y que el mejor metrónomo era el ritmo natural de la respiración, me esmeré en hacer los versos rimados y medidos. Los integrantes del jurado eran profesores de castellano y ellos se inclinarían por una poesía de corte clásico. Seguro que sí.

De modo que empecé escribiendo el canto en forma de soneto, luego sentí que su corsé de catorce versos incommovibles no eran capaz de contener la belleza desbordante de Leda, ni siquiera con estrambote. Lo intenté entonces en romance, pero su tono me resultó muy popular para la magnificencia de una soberana como Leda. Al fin me decidí a escribirlo en sextina real (nombre más que adecuado para el canto a una reina), en versos endecasílabos y rima asonante: el primero rimado con el tercero, el segundo con el cuarto y el quinto con el sexto. De manera que mis compañeros de cuadrilla comenzaron a ver con extrañeza cómo me pasaba todo el rato contando disimuladamente con los dedos de la mano. No sabían ellos que lo que contaba con tanto esmero no eran los días que faltaban para el pago, como se burlaban algunos, sino las once sílabas exactas de cada uno de los versos.

Cada uno afanado en lo suyo, comenzamos a ser blanco del implacable humor de los mineros, corrosivo como salitre ardiendo. Y no solo en la cuadrilla, sino en toda la mina. A Rosario Fierro le habían puesto de apodo Kid Charito, pero de lejos y por lo bajo. Nadie se atrevía a decírselo en la cara. A mí me decían Comelibro. Y es que no estaban acostumbrados a ver en la mina a un compañero de trabajo leyendo libros.

¡Y libros sin monitos, paisa!, se maravillaban los viejos.

Además de Rosario Fierro y yo, la cuadrilla estaba compuesta por el Chino Crespo, tocopillano de treinta años, con arrestos de payaso, que andaba todo el día contando chistes y ejecutando maromas de circo; el Ratón Blanco, un albino llegado desde un pueblo al interior de Curicó, que hablaba muy poco, tenía la cara afilada de los ratones y era campeón absoluto en el juego de damas; y el capataz Benavente, oriundo de Ovalle, que llevaba mostachos a lo Pancho Villa, era padre de once hijos y jamás nadie se había atrevido a colgarle un apodo.

Y aunque entre los cinco nos llevábamos bien, con el pugilista habíamos formado una especie de dúo aparte. Tan amigos nos habíamos hecho, tanto tiempo pasábamos juntos, que los viejos comenzaron a jorobarnos con que éramos un par de mariquitas rematados. Nosotros lo tomábamos con humor. Habíamos aprendido desde el principio que con las bromas de los mineros lo mejor era reírse: el que se enojaba o trataba de hacerse el serio le iba como el ajo. Hasta podían hacerlo llorar.

Sin embargo, por mucho que Rosario Fierro me contara con pelos y señales su vida de pastor de cabras, solazándose en detalles cuando se trataba de aventuras sexuales —incluida la experiencia vivida con una oveja sin dueño a la que los niños del lugar habían bautizado como Miss Chile—, yo todavía no me animaba a contarle que escribía poemas. Tampoco le había dicho lo de mi participación en el concurso del Canto a la Reina. Y menos, por supuesto, lo enamorado que estaba de una de las candidatas.

En los últimos días, nuestras conversaciones, o más bien sus monólogos, solo giraban en torno a la próxima programación de box. Poseído por un optimismo de acero, andaba por las calles dando saltitos y haciendo predicciones, a quien lo quisiera oír, sobre en qué minuto de cuál round iba a noquear al mariconcito capitalino que le pusieran por delante. Y se solazaba adelantándose en el tiempo y contando cómo el árbitro le iba a levantar la mano, cómo el público lo aclamaría eufórico, y en las portadas de qué cantidad de diarios y revistas iba a aparecer su foto de vencedor por unanimidad.

—Ya verás —me decía—: las mujeres más difíciles van a rondarme como moscas bizcas.

Una de aquellas tardes se me ocurrió decirle que si quería ganar la pelea debía alimentarse mejor; que todos sabían que en la fonda donde merendaba las cazuelas tenían menos enjundia que

caldo de gorrión enfermo; que lo que debía hacer era buscar una buena pensión particular. Y lo invité a la mía.

—Es la cantina donde sirven los platos más llenos y las presas más contundentes —le dije—. En unos días vas a estar como un toro.

XIV

Más noticias, hermana, voy puntera en las votaciones, gané el primer escrutinio. Segunda va la Natacha, esa rubia deslavada que usa trenzas hasta la cintura ¿te acuerdas de ella? Aunque somos cuatro candidatas la pelea está entre ella y yo. La gente se ha dividido en dos bandos, ledistas y natchistas, ya verá la rubia caldo de choro cómo le gano. Pasando a otra cosa te cuento que llegó otro pensionista, lo trajo el joven Eleazar, es boxeador, tiene unos ojos verdes que dan lipiria, las primas están locas, es muy encachado, hasta la mamá, que ya no pensaba recibir más pensionistas, no pudo decirle que no. Mis primas lo joden porque tiene nombre de mujer, se llama Rosario, pero su apellido es Fierro y eso lo salva. ¿Quieres saber algo? me gusta su aire canalla, tan distinto al aire de niño bueno del joven Eleazar, que aún no me pide la amistad, para mí que tiene miedo, ni que fuera a pedirme la mano. A veces me pregunto ¿de estar tú aquí cuál de las dos se hubiera casado antes? A lo mejor lo hubiéramos hecho juntas, las dos de blanco y radiantes como en la canción de Antonio Prieto. Lindo ¿no? Chau, hermana, después te converso más.

XV

El lunes que llevé a Rosario Fierro a mi pensión estaba nublado. Cardúmenes de pequeñas nubes de aluminio flotaban en el cielo panza abajo. Era uno de esos días de brisa ligera (un día vinoso, como diría el Chino Crespo) en que los niños de la pampa aprovechaban de salir a jugar a la calle: los más pequeños a la ronda de San Miguel, y los más grandes al sugerente juego del *corre el anillo*, *corre el candado*.

En tanto los mayores, sentados a las puertas de sus casas —en camiseta el papá, tejiendo escarpines la mamá—, los miraban jugar sintiendo nostalgia de esa edad en que habitaron el perdido país de la infancia.

En la pampa se agradecían esas tardes frescas, cubiertas por un toldo de nubecillas blancas. Sin embargo, según los mineros más viejos, esas nubes eran el presagio inexorable de que algo malo iba a ocurrir.

Que se preparara, le fui diciendo a Rosario Fierro mientras salíamos de los buques hacia a la pensión, porque iba a conocer a la mujer más linda del campamento. No le dije que era la niña que me traía loco y a quien estaba a punto de pedirle la amistad.

Mientras tranqueábamos por el medio de la calle principal, atestada de trabajadores que, vianda en mano, bajaban a tomar el té a sus respectivas pensiones, solo le dije que era la hija de la cantina y que todos los pensionistas se hallaban enamorados de ella.

Rosario Fierro oía todo como al desgaire. Más parecía preocupado de que el viento no desarmara la onda de su copete y del revolear de las faldas de las muchachas que pasaban a nuestro lado. Pero cuando terminé de hablar se detuvo, me miró cara a cara y, levantando el puño izquierdo, me dijo en tono socarrón que apostaba esa manito de fierro, con sus cinco dedos incluidos, a que a ninguno de los babosos que comían en la cantina se le había ocurrido hablarle a la muchacha.

Y, sin más, echó a caminar de nuevo.

Caminaba con excedida pachorra, como uno se imagina que caminaría un campeón mundial recién coronado; caminaba tirando combos al aire y masticando un chicle de menta recién abierto —en los últimos días el chicle de menta en la boca se le había hecho imprescindible. Mientras

caminaba siguió diciendo que estaba seguro de que la pobre cabrita lo único que quería era que alguno de esos maricas le hablara para ponerse a tirar como loca.

—No creo que Leda sea de esas —la defendí en tono molesto.

El boxeador me miró de reojo:

—¡A ti también te gusta!

Yo no dije nada.

—Pues tienes que hablarle ya, hombre —saltó ágilmente por sobre un perro echado junto a un poste—, sino de pronto aparece uno más avispado y te la levanta.

—No creo que ella sea tan fácil de levantar.

Rosario fierro se detuvo en seco. Ya estábamos a media cuadra de la casa de Leda. Me puso una mano en el hombro, hizo un globo con el chicle, lo reventó y pontificó solemne:

—Amigo mío, en este mundo hay solo dos clases de mujeres: las que quieren que se las tiren y las que vuelan. ¿Has visto volar a alguna?

En la pensión, Rosario Fierro se conquistó a todo el mundo en menos de lo que se demoró en tomarse la primera taza de té. La mayoría de los pensionistas ya lo conocía de vista o había oído hablar de él, y desde sus mesas, con la boca llena, no paraban de preguntarle detalles de su próxima pelea, mientras las primas revoloteaban de la cocina al comedor y del comedor a la cocina, peleándose por quién atendía mejor al joven de los *ojos de alfalfa*. Doña Diolfina, que tenía un letrero en la ventana informando que no se recibían pensionistas hasta nuevo aviso (ya tenía más de lo que podían atender), hizo una excepción y lo anotó en su cuaderno de cuentas.

—Nada más porque usted es amigo del joven Eleazar —le dijo mimosa—. Y a él lo estimo muchísimo.

Hasta don Servando Flores, el cantino, que casi nunca se asomaba a conversar con los pensionistas, esa tarde se apareció en el comedor en camiseta y con sus eternos suspensores rojos. Incluso tomó onces con ellos y luego se quedó haciendo sobremesa con el pensionista nuevo, contándole de sus tiempos en que él también había sido deportista.

—Yo fui corredor de fondo —le dijo—. Y de los buenos, pues, muchacho.

Solo Leda pareció inmune a su hechizo. Ni siquiera le dedicó una miradita o un mohín extra. Le sirvió con la misma atención, el mismo pasito de ballet, la misma sonrisa de ángel, con que atendía a todos. A todos menos a don Nazario, el aseo de los baños públicos que, por el mal olor de su cuerpo, nadie se le acercaba mucho.

Como sucedía cada año, al dar comienzo oficial a la Fiesta de la Primavera, las calles de la Oficina, comúnmente ariscas y sigilosas, se transformaron en una maraña de serpentina, risas y

cánticos. En las dos semanas que duraba la baraúnda, no solo los integrantes de las alianzas de las candidatas, sino todos los habitantes —obreros, empleados, jefes—, disfrazados, pintados y enmascarados, se transfiguraban en una bulliciosa comparsa de alegría.

Como había declamado en su Canto a la Reina el último de los poetas laureados (publicado en la revista *Pampa*): si en nuestro desierto el arribo de la primavera pasaba desapercibido (a su paso no había capullos que abrir, mariposas que desplegar ni pájaros que hacer trinar), esta fiesta celebrada cada año sustituía fielmente a la naturaleza: abría risas como flores, desplegaba músicas como mariposas y, a falta de buches de jilgueros o canarios, hacía cantar y revolotear de alegría a los mismísimos pampinos.

El día del desfile de carros alegóricos, los ledistas y los natachistas, y las otras dos alianzas en competición, se esmeraron en construir y presentar el carro más original y llamativo.

La alianza maestrancina confeccionó un peludo King Kong de cuatro metros de alto —estructura de alambre y forrado en guaipe— que rugía y movía un brazo como golpeándose el pecho, mientras en la mano del otro brazo, amoldada en forma de silla, iba sentada la candidata. Otra de las alianzas, compuesta por profesores y empleados de escritorio, se presentó con una alegoría sobre el proceso de elaboración del salitre.

Los natachistas, que habían mantenido todo en el más estricto secreto (su carro había sido construido en los galpones de la maestranza), sorprendieron a todos con una gran torre medieval, con un ventanuco en la parte alta en donde se veía a la candidata —la joven siempre se había caracterizado por sus largas trenzas— representando a la Rapunzel del cuento.

Por su parte, la alianza de Leda se presentó con un espectacular cisne blanco alzado en un armazón de fierro y forrado en flores de papel de seda. El cisne, cuyo gran cuello semejaba un signo de interrogación («según una metáfora de Rubén Darío», se jactaba el jefe de la idea), resplandecía en la noche pampina iluminado entero por tubos fluorescentes. La niña Leda, vestida de rosado, iba sentada majestuosamente en el cuello del ave.

En medio de una ruidosa comparsa, entre lluvias de papel picado y cornetazos al oído, blanco del polvo levantado por la muchedumbre, seguí el carro de Leda por las calles. Atónito me preguntaba si al que se le ocurrió la idea del cisne sabría de la leyenda de Zeus, quien, para poseer a una doncella no se le ocurrió nada mejor que convertirse en cisne. La doncella se llamaba Leda.

Pese al revuelo de la fiesta, a Rosario Fierro y a mí apenas nos quedaba tiempo para compartir esos aires de carnaval con el que andaban tocados todos. Rosario Fierro gastaba sus horas libres en el gimnasio y en correr por las llanuras de la pampa.

Su única meta era ganar la pelea.

Yo, después del trabajo, dividía mi tiempo entre estudiar para los exámenes de fin de año y

asomarme un rato a las actividades de la alianza de Leda. Por la noche, recostado en mi litera, soñaba y corregía sin descanso los versos del Canto a la Reina.

Tenía que dejarlo perfecto.

XVI

Hermana, soy tan feliz, hemos vendido hartos votos y ganamos en la competencia de carros alegóricos, los trabajadores de la mina me hicieron un cisne enterito iluminado y movía el cuello al avanzar. Yo iba sentada en el cisne con un vestido de organza rosado y un chal del mismo tono, y mientras recorríamos las calles, me sentía igual que una diosa. Desde lo alto veía al joven Eleazar entre el piño de gente, el pobrecito recorrió todo el campamento haciéndome señas. Yo miraba por si veía al joven Rosario pero parece que a él solo le interesan las peleas. No sé qué me pasa con el boxeador, cuando le sirvo me demoro más en su mesa, le sonrío con más ganas y me importa un comino que no llegue con regalos como los otros pensionistas. ¿Me estaré enamorando? Mis primas dicen que es pura calentura, yo solo me río, qué desvergonzada debo parecerme ¿verdad? Chau, hermana.

XVII

La noche del sábado de las peleas la gente colmó el estadio de box como pocas veces se había visto en la Oficina. Como era de uso en los acontecimientos de trascendencia social en la pampa —fiestas, huelgas, eventos deportivos o funerales de algún personaje de la Oficina en cuestión—, la Banda del Litro en pleno amenizaba la llegada del público apostada a las puertas del estadio.

Un cartel anunciaba el programa. La primera pelea de la noche sería protagonizada por los pesos mediomediano ligero, Kid Lona (local) y Glenn Arcos (visita). En la segunda, en el mismo peso, Rosario Fierro (local), se mediría con su similar, Patricio Maturana (visita). El tercer combate estaba a cargo de los pesos gallos, Mario Salinas (local) y Américo Andrade (visita). Y de fondo, en peso mediopesado, se enfrentaría el crédito de la Oficina, Ricardo Rojas con el bicecampeón de Chile, Amado «Sonora» Castillo.

El árbitro que traía la delegación capitalina dirigiría los dos primeros combates, los otros dos estarían a cargo de Roberto Baeza, famoso personaje de la Oficina que, además de box, arbitraaba fútbol, baby-fútbol, baloncesto, voleibol y cualquier deporte que necesitara de un juez. Por su histrionismo rayano en lo caricaturesco lo habían apodado el Dale Color.

El programa anotaba que al finalizar las peleas se haría público el resultado del último escrutinio y la comunidad conocería el nombre de la nueva Reina de la Primavera, cuya coronación se efectuaría al día siguiente, en la gran fiesta de gala. Por lo tanto, las cuatro candidatas, escoltadas por sus respectivas alianzas, se hallaban presente esa noche en el estadio. Como se consignaría después en las páginas sociales de la revista *Pampa*: «Sentadas en un sitial de honor, junto a las autoridades y jefatura de la Compañía, las jóvenes representaban genuinamente la belleza y la simpatía de la mujer pampina».

En espera del inicio de la velada, cada tanto el público estallaba en grandes risotadas celebrando las salidas hilarantes de los bromistas de siempre, en particular las tallas del Cabezón Chávez, el más famoso de todos. Las pullas iban y venían de un sector a otro como cohetes de fuegos artificiales.

«Listo para pelear contra el mundo», dicen que dijo Rosario Fierro, tirando un *jab* a su sombra encarrujada en las calaminas del camarín, cuando don Retórico González, con una toalla al cuello,

después de embadurnarle la cara con vaselina, le preguntó cómo se sentía el huasito en su primer paso al título de campeón de Chile.

Las primeras tres peleas eran a seis round y la última a ocho. Retórico González era el entrenador de los cuatro pugilistas locales, y Mañungo su *second*. En sus tiempos de juventud, don Retórico y Mañungo habían sido púgiles, cada uno en una salitrera distinta. Mañungo se había iniciado en Flor de Chile y se destacó por una valentía rayana en la estupidez: en una ocasión aceptó pelear con un púgil dos pesos más que el suyo y terminó con la mandíbula fracturada y la nariz quebrada en tres partes. Don Retórico había comenzado a pelear en el campamento Esmeralda y fue conocido más por la elegancia de su estilo que por la contundencia de sus golpes («bailaba como una avispa y picaba como una mariposa», lo jodía a veces Mañungo). Y aunque había llegado a pelear un par de veces en la capital, y muchos decían que pintaba para campeón, tuvo que retirarse del box por una enfermedad a los pulmones. Desde entonces se había dedicado «a entrenar a jóvenes que sueñan con llegar a ser algo en el boxeo nacional», como decía solemne en los mesones de las fondas.

Dicen que ese día, tras ver llegar a la delegación visitante, alguien fue a ver a Rosario Fierro con el cuento de que al preguntar cuál era el púgil que pelearía el segundo combate, le apuntaron a un mastodonte con cabeza de toro y casi dos metros de altura.

—¡Es casi un gigante! —le dijeron.

—Aunque sea *Ursus* —dicen que respondió.

Rosario Fierro se sentía seguro. No por nada se había ejercitado como un energúmeno. Al llegar cada tarde al gimnasio, luego de aspirar con fruición el apestoso tufillo del ambiente, bravuconeando que el olor del pezcastilla combinado con el sudor rancio, lo energizaba tanto como «la fragancia» de la dinamita, se vestía de corto, se paraba ante el oxidado espejo de cuerpo entero —único lujo del gimnasio—, se acomodaba su copete y empezaba primero a saltar la cuerda, luego a darle a la pera como loco en día de feria, después a pegarle duro al saco de arena. Por último, y para rematar, cuando los demás ya se habían ido a las duchas, se ponía a hacer sombra por tanto rato y con tanto esmero, que daba la impresión de estar trezado a golpes con el vapor de su propia transpiración. Don Retórico González, al contrario de lo que hacía con los demás púgiles, casi lo obligaba a descansar.

—Ya, Fierrito —le golpeaba el hombro—, descansa un poco que te vas a convertir en nube.

No era bueno exaltarse tanto, le decía. La serenidad en el ring había hecho grande a los grandes. «El mejor boxeador es el que primero descubre las falencias del otro», era uno de los consejos recurrentes de don Retórico. «Y para eso había que estudiarlo sin perder la calma».

Pero la regla de oro del box, le machacaba a diario, era el contraataque. Y se lo repetía una y otra vez, no se le fuera a olvidar.

—Sí, Fierrito, el contraataque.

Que lo recordara siempre.

—El con-tra-a-ta-que.

A veces, después de los entrenamientos, Rosario Fierro se iba con Mañungo a conversarse una cervecita arrimado al mesón de alguna cantina. En esas ocasiones la charla del ex pugilista versaba siempre sobre las proezas de los míticos boxeadores mundiales de todos los tiempos: Dempsey, Joe Louis, Ray Sugar Robinson. Luego seguía con algunos próceres nacionales, como el Tani Loayza o Arturo Godoy, para rematar con las figuras del boxeo pampino. Púgiles que llegaron no solo a los cuadriláteros de la capital, sino que a las mismísimas páginas de la revista *Estadio*. En serio, Fierrito, decía con los ojos aguados de emoción.

Ahí tenía por ejemplo, a Segundo Agustín Rivera, el Tordito, que en una velada memorable en el Teatro Caupolicán llegó a vice campeón de Chile en una pelea contra el campeón Alfredo Cornejo. El Tordito no obtuvo el título solo porque en el segundo round se quebró dos dedos de su mano zurda, que era su mano buena, pero fiero como era, aguantando el dolor, siguió peleando y golpeando con ambas manos, y terminó el combate de pie.

Y qué me dicen de Ramón Tapia, el famoso Chascón Tapia, un pampino que llegó a ser de los boxeadores más importantes del país, y que viajó a representar a Chile en las Olimpiadas de Australia. Eso, si mal no recuerdo, fue por el año cincuenta y seis, y el Chasconcito se trajo de la tierra de los canguros nada menos que una medalla de plata.

La primera pelea de la noche se acabó al cuarto round. Entre el primero y tercer asalto, Kid Lona hizo honor a su apodo cuatro veces. Pero el tipo era porfiado y se paraba antes de la cuenta de nueve. A los dos minutos del cuarto round, el capitalino le encajó un *jab* de izquierda que lo tumbó por cuarta vez. Kid Lona trató de pararse, pero las piernas no le resistían y tenía la mirada borrada de los zombis. Los abucheos del público se hicieron más estridentes cuando, cargado a la rastra entre dos ayudantes, Kid Lona trataba de levantar sus manos a manera del saludo de los vencedores. Dicen que en el camarín, cuando lo depositaron sobre una mesa, como un cadáver aún tibio, Rosario Fierro se le acercó, le puso una mano en el hombro y le dijo en tono grave:

—Yo voy a ganar por ti, Lonita.

En ese instante lo llamaron a pelear.

Al saltar al ring por sobre las cuerdas y levantar las manos saludando como los grandes boxeadores del mundo, el clamor de la multitud —esto me lo contó después— le hizo sentir un golpe eléctrico que le bajó desde la nuca hasta los testículos. Una vibración casi orgásmica. Estar ahí era la gloria.

La pelea se acabó en el tercer asalto.

El grandote, con más maña que técnica, comenzó a darle duro desde el principio. Antes de finalizar el primer round le había encajado varios golpes con el codo y partido una ceja de un cabezazo. La cara de Rosario Fierro coloreaba de sangre. En el segundo asalto el gigantón siguió dándole en la ceja herida. Siempre en la ceja herida. Se las arreglaba para darle con los codos, con la cabeza, con los hombros.

El público protestaba.

El árbitro capitalino no se daba por enterado.

Fue en los últimos segundos del tercer round cuando Rosario Fierro reaccionó. Recluido contra las cuerdas, la vista nublada por la sangre, cuando ya se pensaba que caía, sacó su mortal golpe de zurda y mandó por el suelo al grandote. El árbitro terminó de contar y el púgil capitalino no se levantó. Estaba como muerto. Lo bajaron en camilla del ring y fue trasladado de urgencia al hospital. Se le diagnosticó fractura del hueso orbital del ojo derecho. Hubo que operarlo.

Rosario Fierro fue el único ganador de los locales. El capitalino del tercer combate masacró a Mario Salinas, y hubo que tirarle la toalla al quinto round. El cuarto y último encuentro de la noche, en el que más confiaban los fanáticos, terminó con un deslucido empate técnico.

Al finalizar las peleas, los organizadores de la Fiesta de la Primavera se tomaron el ring por asalto. Después de algunos discursos, y tras una fanfarria de la Banda del Litro, el locutor dio a conocer el resultado del último escrutinio:

—...por lo tanto, señoras y señores, la flamante nueva Reina de la Primavera es... por un gran margen de votación, ¡la señorita Leda Flores Alcántara, de la alianza Mina!

El desbarajuste fue descomunal. Leda subió al ring a saludar y agradecer a los que la apoyaron y votaron por ella, y a los que no la votaron también. Ella era la reina de todos. El público, especialmente los ledistas, aplaudían y berreaban que era un gusto, mientras las alianzas perdedoras, como ocurría cada año, pifiaban reclamando marullo en el conteo de votos. Al llamado del animador algunos púgiles subieron al ring a congratular a Su Majestad Leda I.

Rosario Fierro aguardó hasta ser el último y su saludo dicen que duró más que el conteo de nocaut de un árbitro.

Viejos hay en la mina que todavía aseguran—a veces los oigo mientras leo sentado afuera de la casucha— que, en verdad, la cosa comenzó ahí, en esos segundos demás que duró el saludo entre Rosario Fierro y la niña Leda.

XVIII

Aura, lo de anoche fue fantástico. Al oír mi nombre como la nueva reina fue como si me levantaran de los pelos y me salió un grito tremendo, las demás candidatas me abrazaron y felicitaron, menos la Natacha que estaba muda de rabia. En la galería la gente gritaba como loca, nunca había vivido algo tan emocionante. Y más encima pude ver al joven Fierro peleando en el ring, dando y recibiendo golpes y bañado en transpiración como esos gladiadores de las películas romanas. Verlo así me dio una cosita en la guata, algo parecido a lo que sentía con los poemas del joven Eleazar, pero más quemante. Aura, estoy segura de que tú habrías elegido al poeta y yo al boxeador, acuérdate de que yo siempre fui la más fuerte, yo mataba las arañas a las que tú tenías pánico (la última no la pude matar, te lo juro), aunque si de mí dependiera me quedaría con los dos. Qué putinga, ¿verdad? mañana es la velada de coronación y supe que el joven Eleazar está participando en el concurso de Canto a la Reina, ojalá sea él mi poeta laureado. Chau, hermana.

p.d. Cuando los boxeadores me saludaron el joven Rosario me dio un beso muy cerca de la boca y me dijo al oído que estaba rica. Qué desfachatado ¿no?

XIX

por esos días yo me sentía tan invicto como Rosario Fierro. Los versos de mi Canto a la Reina, trabajados con esmero, serían los vencedores del concurso y tendría el honor de leerlos en homenaje a la niña Leda. Perdón, a Su Majestad Leda I, Reina de la Primavera. De eso estaba tan seguro como que el lunes en la pensión habría porotos con chicharrones y ají de color.

Pero me equivocaba.

No solo no fui distinguido como poeta laureado, sino que además fui acusado de plagio.

Toda esa semana me la había llevado eludiendo a Leda. No quería encontrarme con ella en solitario para no sucumbir a la tentación de pedirle la amistad antes de tiempo. Como el animal romántico que soy (Cáncer regido por la luna), pensé que la ocasión propicia para declararle mi amor sería esa noche gloriosa cuando, tras ceñirle la corona, le leyera los versos de mi canto en un estadio repleto de gente coreando su nombre.

Imposible imaginar mejor escenario.

Se suponía que el resultado del concurso se sabría ese sábado por la noche, en cuanto se diera a conocer el nombre de la nueva reina. Pero ni esa noche ni al día siguiente por la mañana llegó nadie a notificarme nada. De manera campante pensé que los integrantes del jurado se habrían quedado deliberando hasta altas horas de la madrugada y, por tanto, vendrían después de almuerzo.

Esperé toda la tarde a que alguien llegara a verme.

Calma, Eleazar, me decía, tendrán que venir antes de que comience la velada. Un empleado de escritorio que conocí en el liceo y que leía literatura (la primera persona que conocí en la pampa que leía), me había tipeado el poema a máquina. Con él mismo me conseguí un terno y una corbata, artilugio que jamás había usado.

La ceremonia de coronación estaba prevista para las 21.30 horas.

Tratando de concentrarme en la lectura de un libro, con mis zapatos lustrados y el traje dispuesto sobre la cama, listo para saltar sobre él apenas tocaran a la puerta, aguardé hasta entrada la noche. En camiseta y descalzo, esperé flotando en un letargo de canícula y desazón.

No llegaron jamás a comunicarme nada.

El único que apareció poco antes de las nueve de la noche fue Rosario Fierro. Llegó luciendo,

además de un pequeño parche en la ceja, terno nuevo de color marengo, camisa blanca de encajes y una actitud de campeón mundial de los pesos pesados que lo volvía insoportable. Se había gastado en ropa toda la plata que le pagaron por la pelea y ahora me pasaba a buscar para ir juntos a la velada.

—Seguro que no quieres perderte la ocasión de ver a Leda de reina —dijo, mientras se repasaba la onda del copete en mi pequeño espejo con marco de carey colgado detrás de la puerta.

Yo me hice el leso. Menos mal me había guardado las ganas de contarle lo del concurso. Resignado, me chanté un pantalón y una camisa cualquiera y me fui a la ceremonia. Lo único que me interesaba por ahora era saber quién carajo me había arrebatado el galardón de Poeta Laureado.

El estadio estaba más lleno que la noche anterior. En el escenario, sentada en un trono de mimbre revestido en papel plateado, en medio de una elegante corte de primeras damas, estaba la niña Leda. Verla ahí, bella, agraciada, soberbia, con una autoridad y una familiaridad admirable, como si ese alto sitial de utilería fuese su asiento de diario, me hizo pensar que tal vez yo no era digno de coronar a una diosa como aquella. Su actitud y su gesto de verdadero miembro de la realeza, hacía pensar que cada uno de los que colmábamos el estadio éramos sus vasallos, sus súbditos, sus cortesanos.

Cuando don Ernesto Larrondo, animador vitalicio de las Fiestas de la Primavera, luego del primer acto artístico, anunció al Poeta Laureado de ese año, apareció en el escenario un gordito de lentes, vestido de smoking. Con una carpeta temblándole en la mano, dio comienzo a la lectura. Empezó con un cuarteto excelente, pero luego el poema se diluyó por completo, los versos se hicieron insípidos y las rimas obvias. El tipo leía afectando la voz y sin levantar la vista del papel, sin mirar una sola vez a la bella y sonriente reina homenajeada.

Yo no podía creerlo. Mi poema era cien veces superior a ese engendro. Me sentí tan mal que me retiré antes de que terminara la lectura. No quería ver el momento en que el papanatas ese le ciñera la corona a Leda. Le dije a mi amigo que me dolía el estómago y que me iba a dormir.

—¿No será que estás celoso del gordito? —se burló Rosario Fierro.

Salí del recinto completamente abatido. No me fui al camarote, me quedé sentado un rato en un escaño de la plaza desierta. Una duda me quemaba: el primer cuarteto del poema del gordo era lo único que se salvaba. Pero yo lo conocía. Hasta que me acordé. Claro, era el comienzo de un poema del poeta rancagüino Oscar Castro:

*Tierra, como si fueras mi corazón, te quiero,
Para decir tu salmo sobre ti me levanto.
Alzo la frente, pero mis pies en ti reposan
Soy el tallo moreno en la espiga del canto.*

El poeta de pacotilla solo había reemplazado la palabra *tierra* por *pampa*.

Sin darme cuenta, el viento había cambiado de dirección y el polvo de los chancadores cubría el campamento como una espesa neblina de sal sucia. Desde los altoparlantes me llegaban las alternativas de la fiesta como desde un sueño lejano. Ya casi al terminar la velada, cuando comenzaban a oírse las primeras estrofas de «Los estudiantes pasan», me paré y eché a caminar.

La luz de la luna, tamizada por el polvo de caliche, le daban a la noche un aire fantasmagórico.

Mientras me alejaba de la plaza, seguí oyendo los ecos de la canción que yo había aprendido en la escuela primaria. «La canción del cascabel» la llamaba la gente. Escrita por Gustavo Campaña en los años treinta, con música de Javier Rengifo, según nos decía el profesor de violín, se había constituido en el himno de la juventud de varias generaciones.

*Cascabel, de dulce y claro tintinear
el corazón nos va diciendo
que hay en toda promesa /una azul y luminosa realidad.*

Al día siguiente, camino a la pensión, pasé a ver a la directora del liceo, la señora Irina Bristela de Campoamor (exigía que la llamaran por su nombre completo), presidenta del jurado del concurso de Canto a la Reina. Fui a pedir que me devolvieran mi poema. Era la única copia que tenía escrita a máquina. La dama, detrás de su escritorio, levantó la cabeza de su gran libro de notas en que se hallaba inmersa y me preguntó por el seudónimo de mi *trabajo*. Luego tomó una carpeta, humedeció la yema de su dedo mayor, hojeó pausadamente los poemas allí ordenados hasta hallar las dos impecables hojas tamaño carta firmadas con el seudónimo de Zeus, y me las pasó. Azorado, mascullé apenas un «gracias, señora», y me dirigí a la salida. Antes de abrir la puerta, con la mano en la perilla, me detuve, tomé aire, di media vuelta y, tartamudeando, encaré a la directora.

—¿Perdón, señora, usted me podría decir qué pasó con mi trabajo? —casi oyéndome decir: dime, vieja de mierda, qué crestas pasó con mi poema.

La señora Irina Bristela de Campoamor dejó su regla de madera marcando una línea en el libro de notas en que se había vuelto a sumergir, se quitó los lentes de marcos metálicos y sus saltones ojos acuosos me miraron por primera vez, sin pestañear.

—A ver, joven, pásame su trabajo.

Le devolví las hojas.

—Ah —dijo como recordando—, lo que pasa, jovencito, es que el jurado estimó que era imposible que esto lo hubiera escrito un alumno de la escuela. Tiene todas las trazas de haber sido copiado de un libro.

Y sin más me lo devolvió.

La quedé mirando perplejo. Luego quise replicar, objetar, pedir explicaciones, pero mi cuerpo, como mandándose solo, dio media vuelta y salió de la Oficina sin decir nada.

Estaba como aturdido.

Crucé el patio de la escuela enervado. ¡Vieja de mierda! Pero una vez afuera del recinto recién me cayó la chaucha: nunca en todo el tiempo que llevaba escribiendo le habían hecho un elogio tan grande a uno de mis poemas.

¡Tiene todas las trazas de haber sido copiado de un libro!

Me fui a la pensión caminado por el medio de la calle, silbando «La canción del cascabel», cuya melodía me había quedado resonando desde la noche anterior.

¡Copiado de un libro!

En la pensión había porotos con chicharrones y ají de color.

XX

Aura, no sabes como estoy, imagínate, yo sentada en un trono saludando y toda la gente de la Oficina admirándome. Su Majestad Leda I, me decían (de pronto tuve uno de esos chispazos que me enloquecen y sentí que eras tú la que estaba en el trono y yo la enterrada en el cementerio, pero pasó rápido). El estadio estaba lleno y las autoridades fueron muy amables y tuve que bailar un vals con el señor administrador, aunque el gringo no sabía mover una pata igual fue emocionante estar en los brazos del que manda más que todos. Yo no quería que se acabara la velada, lo único malo es que el joven Eleazar no ganó el concurso y me coronó un gordo de lentes todo espinilludo, fue una lástima. Le voy a pedir que me muestre su poema, aunque es tan tímido el pobre, nada que ver con el boxeador, él sí es un tipo con cancha. El otro día, mientras le servía el almuerzo, me dio un pellizco en la nalga, me puse como tomate, creí que los demás pensionistas se habían dado cuenta, pero en el fondo me gusta su desfachatez. Como ves, sigo siendo la más loca de las dos. Chau.

XXI

Después de su primer triunfo oficial, Rosario Fierro siguió boxeando y ganando peleas. La mayoría por nocaut. En poco tiempo se convirtió en el ídolo deportivo de la Oficina.

Todos querían estar cerca de él. Hombres, mujeres y niños lo miraban y admiraban con devoción cuando, camisa de encajes, copete engominado y chicle en la boca, se paraba fuera del cine a esperar el comienzo de la película. En los rajos, los mineros de todas las secciones lo trataban con una deferencia inusual (el Ratón Blanco se había convertido casi en su *perkins*); hasta los maquinistas de los convoyes cargados de caliche, célebres por su estoicismo de piedra, lo saludaban haciendo sonar el pito de la locomotora con alborozo de niños. En la cuadrilla, el capataz Benavente, por orden de la jefatura, y chirriando de rabia, tuvo que darle trabajos más livianos, casi inútiles, y si era posible sentado a la sombrita. No se les fuera a accidentar el campeón. En el buque donde vivía, los vigilantes lo dejaban ingresar damajuanas de vino y botellas de licor, y hacían oído sordo a las jaranas que armaba en su camarote; hasta mujeres del campamento lo dejaban entrar, mujeres que, disfrazadas de hombres, se atrevían a traspasar esos territorios autorizados solo a las prostitutas. El administrador del cine le ofrecía entrada gratis a las funciones que quisiera y en la pulpería, cuando llegaba a comprar sus camisas, las cajeras no lo dejaban hacer la fila y lo atendían por delante sin que nadie reclamara nada. Los carabineros de servicio lo saludaban en la calle con la mano en la visera, «Cómo va todo, campeón» y cuando en sus rondas por los ranchos, donde siempre alguien lo invitaba sin dejarlo pagar un peso, lo hallaban tumbado en el mesón, borracho como cereza, en vez de llevarlo a la comisaría como hacían con los demás borrachos, lo subían en andas a la patrulla y lo iban a dejar a su camarote. En la pensión, doña Diolfina, que no se aquerenciaba con cualquiera, se deshacía en atenciones con él y decía quererlo como al hijo hombre que siempre quiso tener y que Dios no había estimado darle nomás, mientras don Servando, pulgares en suspensores, no dejaba de asomarse por el comedor a entablar conversación con el campeoncito. Hasta la niña Leda había comenzado a tratarlo con mayor deferencia. Y esto se veía no solo en su sonrisa, para él más amplia y luminosa, sino en la contundencia de los platos de comida.

Ahora más rebasado que los del propio Comelibros, decían los viejos.

A esas alturas ya todos en la pensión se daban cuenta de que algo ocurría entre la hija de la

cantina y el boxeador.

Todos menos yo.

En las mesas, los pensionistas secreteaban que tendrían que haberlo previsto. Pues sabido era que a las mujeres bellas pero livianas de cascos le gustaban los hombres acanallados, y la niña Leda no podía ser la excepción.

Ella era de las mismitas.

Pues resultaba que mientras todos andaban derramando hilos de babas por ella, mandándole saluditos y dejándole regalitos debajo de los paños de la mesa, de pronto llegaba un cabrón de ojos en colores, que ni siquiera tenía la delicadeza de tratarla con respeto (cuando pasaba a buscarla a la casa la llamaba desde la calle con un silbido de perro), y de un día para otro, a puro pellizcos en las nalgas, le robaba el corazón y todo lo demás.

—¡Es como para darle un trancazo, pues paisa! —decía un viejo.

Yo me vine dar cuenta del asunto la vez que los vi salir juntos del cine. Fue en función nocturna, y él la llevaba abrazada de la cintura. Detrás de una de las columnas del cine, yo me quedé como alelado. Llegué a mi camarote con las tripas borboritándome de rabia. No dormí en toda la noche. Al día siguiente me retiré de la pensión sin dar explicaciones. Y, por supuesto, no volví a dirigirle la palabra a Rosario Fierro.

Fue duro. Entré en un estado de catatonía. Pensaba en ella día y noche. Vivía galvanizado por su recuerdo, por el sabor a pastillas Violeta de su único beso (el viboreo de su lengua aún me quemaba el paladar). La primera imagen en mi mente al despertar era la cara de Leda riendo su risa maravillosa; y era su cara, riendo su risa maravillosa, la última visión antes de dormirme. En el trabajo no hablaba con nadie, y en la jaba me iba y me venía amurrado en un rincón, soportando a duras penas las pullas de mis compañeros de cuadrilla.

Sin embargo, como yo era el tipo más leído que habían conocido —para ellos los que leían eran una especie de sabelotodo—, seguían pidiéndome que les escribiera cartas a sus novias y solicitándome consejos sobre esto y lo otro. Lo peor de todo eran las consultas sobre asuntos íntimos, como, por ejemplo, qué podían hacer, aparte del consabido dinamitazo, ante la infidelidad recién descubierta de la esposa, a la que quiero más que la cresta, se lo juro, paisita, y con la que tenemos cuatro hijos, dos mujercitas y dos varoncitos, y más de quince años de casados, imagínese usted.

Y venir ahora a salirme con esto.

Todo ese frangollo era como echarme salitre ardiendo en la herida.

Una mañana de domingo sucedió algo que vino a remover el sosiego de los habitantes de los buques, hecho que a mí, en lo personal, me reflató un poco de mi ensimismamiento. Unas

compañeras de oficio hallaron muerta a la Reina Isabel, la prostituta más antigua y famosa de la Oficina.

Había muerto sola en su camarote.

Se decía que a causa de un tumor canceroso.

La Reina Isabel era la puta más consagrada de los buques, la que trataba con más cariño y paciencia a los parroquianos más viejos. Por eso la indignación general al saber que el cura de la Oficina se negó a hacerle la misa de cuerpo presente por tratarse de una mujer pública.

El día de su entierro, junto a un grupo de mineros de los más antiguos, no más de doce, acompañé el exiguo cortejo fúnebre hasta el cementerio. Solo éramos nosotros y un ramillete de prostitutas inconsolables, vestidas de negro y sin una gota de maquillaje (para desesperación de los trabajadores solteros, estas mujeres habían acordado, en señal de duelo, mantenerse tres días sin pintarse ni ocuparse).

Por mucho tiempo se recordó en la pampa el discurso fúnebre que, en tono épico y voz resonante, hizo un minero de apellido Mesana, del que se decía había sido el eterno amor secreto de la Reina Isabel.

Yo, por mi parte, escribí una serie de poemas en su homenaje.

Fue como volver a respirar.

XXII

Hermana, no sabes lo que pasó, afirmate. Habrás adivinado ya qué hice y con quién, sí, con el boxeador, pero ¿sabes qué?, no fue como una sueña que va a ser, no oí campanitas como en las películas, solo sentí humillación. Y es que fue todo a la rápida, pasó detrás del estadio de fútbol, la noche estaba muy oscura y no veíamos nada, más encima me tendió en el suelo sobre una bolsa de plástico de esas de basura, imagínate, el suelo estaba pedregoso y había olor a orines. Él no creía que yo era virgen y cuando vio la sangre le dio lo mismo. Al final lo que para mí era el acontecimiento de mi vida, para él fue un trámite sin importancia, y apenas terminamos dejó de decirme las linduras que me decía y me fue a dejar a la esquina de la casa, dijo tenía que juntarse con unos amigos, ni siquiera me abrazó en el camino de vuelta. Pero aunque se comporta como un chulo, sigo metiéndome con él, para que veas cómo es tu hermana Leda. Chau.

XXIII

En la cuadrilla se sabía que la tensión entre Rosario Fierro y yo estallaría en cualquier momento.

Se notaba en la atmósfera.

Como cuando en el sur va a llover, decían los más huasos.

Y la cosa estalló al final de un arduo cambio de línea, uno con curva incluida —los más difíciles de hacer—, y que coincidió con un día en que el sol rajaba las piedras de calor. Fueron siete horas de sudar la gota sin descansar ni beber agua. El tambor estaba muy lejos y el jefe de mina, un ingeniero gordo y colorado, que permaneció todo el tiempo en la cabina de su camioneta con aire acondicionado, nos arengaba que la producción de salitre estaba baja y por tanto no se podía perder un puto segundo.

Al rematar la faena, desesperados por la sed, con las herramientas a la rastra, corrimos en manada en dirección al tambor del agua, a un kilómetro de distancia. Rosario Fierro y yo, más jóvenes que el resto, nos adelantamos varios metros y corrimos casi parejo. Faltando unos pocos trancos para alcanzar el tambor, el púgil me hizo rodar por el suelo de una zancadilla y, gritando que había ganado, puso su bocota sedienta en el grifo y abrió la llave a todo lo que daba.

Lo que pasó después fue de antología.

Tras embucharse los primeros tragos de agua tibia, el púgil hizo una arcada y, horrorizado, se metió la mano a la boca para sacar, tomado de la cola, un enorme guarén que había caído al tambor y que casi se traga entero.

—Eso te pasa por maricón, conchadetumadre —le grité desde el suelo. Rosario Fierro se me fue encima dándome combos y patadas y rodamos por la arena entramados en lo que más parecía una feroz pelea de perros callejeros. De perros sedientos. Si no nos separan, el asunto hubiese terminado en sangre, porque yo, consciente de que a mano limpia iba perdido, había empuñado una de las pesadas llaves de acero con que apretaba los pernos de los rieles.

Se comentaba después en la mina que el púgil se merecía largamente lo ocurrido con el guarén.

Por crestón y marrullero, era el juicio general.

Lo de la zancadilla para llegar primero al agua era tal cual había hecho con respecto a la niña Leda: le importó un testículo que su amigo la hubiera conocido antes y que estuviera enamorado de ella hasta la tontera. Estaba claro que en asuntos de falda, y de cualquier cosa, la conciencia para él no corría, más bien estorbaba.

Durante los primeros días en la pensión, Rosario Fierro se había hecho el indiferente con Leda. Era su táctica con las bellas que se sabían bellas. Pero en su encuentro en el estadio, luego de ganar su primera pelea y ella fuera anunciada como la nueva Reina de la Primavera, al acercarse a saludarla le tiró los tejos con todo.

—La ocasión lo ameritaba —decía después en tono sobrador.

De ahí en adelante, no le dio tregua. Y a ella parecía no desagradarle, decían los viejos, pues al acercarse con los platos se demoraba más de la cuenta en atenderlo. Mientras el badulaque, que por arriba de la mesa actuaba con indolencia, por debajo, guarecido por el mantel de hule, la manoseaba con descaro.

Recalcan los viejos que el asunto entre Rosario Fierro y la niña Leda comenzó mucho antes de la noche en que los vi salir del cine. Que varias veces habían sido vistos detrás del estadio de fútbol, consabido fornicadero de los amantes furtivos de la Oficina. Que ella fuera virgen para él fue apenas un detalle para la risa. Qué culpa tenía él —dicen que decía— de que ningún manganeso hubiera tenido el valor de tirarse a esa yegüita.

Y ni siquiera la respetaba como polola, pues mientras andaba con ella no dejaba de meterse con cuanta *pájara* se le pusiera *a tiro de honda*.

Cuando los triunfos sobre el cuadrilátero lo tenían tocando las entretelas de la gloria, y su fama de peleador comenzaba a extenderse más allá de las oficinas salitreras, la estrella de Rosario Fierro se apagó de golpe.

Una mañana el auto patrulla de la Oficina, acompañado de una camioneta de la policía civil de Antofagasta, llegó a los buques a buscarlo. Llevaban una orden de arresto por homicidio. El hombre al que había golpeado en su pueblo, después de un periodo en estado de coma, había muerto. Hacía tiempo andaban tras sus pasos. Se demoraron lo que se demoraron en hallarle porque el desierto de Atacama, con sus extensiones planetarias y sus espejismos azules, era una guarida inmejorable para los que huyen de algo o de alguien, hasta de Dios.

XXIV

Hace rato que no te escribo, Aura, es que aquí nunca pasa nada y me aburro a morir. Rosario Fierro ya no me gusta, ando con él solo por no latearme más, aunque sé que él anda también con otras. Y aparte está convertido en un borracho y se pone muy violento, con decirte que el otro día llegó a levantarme la mano. Ahora pienso que debí quedarme con el poeta, pero tal vez, como dicen las primas, todos los hombres son iguales. Por lo mismo voy a dejarlo, ya no me interesan los hombres, no me dan ni fu ni fa, con decirte que ya ni salgo de casa, cada vez encuentro más fome la pampa. Tengo que irme de aquí, no sé a donde, pero tengo que irme, aquí todos los días son iguales, tan iguales como las corridas de casas. Creo que también dejaré de escribirte por un tiempo, no me siento con ganas, como te digo, aquí ya no hay nada que contar. Chau.

p.d. recién me vinieron a avisar que unos detectives llegaron a buscar al boxeador, después te cuento más.

XXV

Al desaparecer de escena Rosario Fierro, traté de recuperar la atención de Leda.

Pero ella ya no era la misma.

Según sus primas, ya no quería ayudar a la madre con los pensionistas y se llevaba el día hablando de su coronación y de lo hermosa que se veía de reina. Varias veces traté de hablarle, de invitarla, de acompañarla a la pulpería (llevarle su bolsa bordada de canarios), pero fui rechazado rotundamente.

Alunado por su indiferencia, sin dejar de pensarla un solo instante, me dediqué de lleno a la lectura y la escritura. Solo en la poesía encontraba el antídoto para esa especie de ácido dulce que me roía por dentro y me pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en los buques leyendo, a veces sin siquiera ir a la fonda a comer. Al llegar cada tarde del trabajo, después de ducharme, me quedaba tendido en la litera, o me sentaba en uno de los escaños del patio, siempre con un libro en la mano.

Un día de pago por la tarde, mientras tomaba el fresco en el patio, releendo por enésima vez una antología de Pablo de Rokha («Epopéya de las comidas y las bebidas de Chile» me parecía un poema monumental), aparecieron los rostros asustados de dos niños trepados en la muralla trasera. No tendrían más de catorce años cada uno. Me miraron inquietos.

—¿Oiga, no nos va a delatar con el vigilante, verdad? —rogaron desde arriba.

Yo negué con la cabeza, y los niños saltaron hacia el interior.

Luego de limpiarse las manos y sacudirse los pantalones de la cal del muro, el de pelo más tieso me preguntó, con una desfachatez asombrosa, si yo sabía en cuáles camarotes había putas. Un rayo malicioso atravesó las brumas de mi pena y, sonriendo para mis adentros, les dije, así como al desgaire:

—En el 57 hay una.

El otro niño, un colorín con la cara constelada de pecas, dijo, mientras cada uno sacaba un frasco de su bolsillo, que si yo creía que la mujer aceptaría esos perfumes como pago, pues no tenían plata.

—Son importados —dijo—. Los trae mi abuela de matute desde Arica.

—No sé, es cosa de probar —dije con indiferencia. Y simulando que me estaban importunando volví a mi lectura.

Los niños, hablando en susurros, partieron en dirección hacia el camarote indicado, que era

donde atendía La Ambulancia, la puta más impresionante y temible de la pampa. La más gorda de todas.

En su vida van a olvidar este día, pensé divertido, imaginando a esos niños atrincados por esa puta garrafal.

Me quedé pensando. A la edad de esos niños yo era un lobo solitario. Jamás me habría atrevido a hacer lo que estaban haciendo. Lo que más me gustaba era adentrarme solo en la clausura áspera y silenciosa de los cerros; buscaba estar solo para hablar a entera libertad con mi duende. Ahora, desesperado como estaba, hubiera querido hacer lo mismo: irme a recorrer las inmediaciones de la Oficina en busca del duende de mi infancia y, sentado en una piedra, ponerme a hablar con él. Pero lo que hacía en cambio era encerrarme a escribir.

Tal vez escribir era otra manera de conversar con mi duende.

A veces, saturado de literatura, me ponía a charlar un rato con el Astronauta, un obrero de torso esquelético y corte de pelo a lo mohicano, a quien se le había corrido una teja leyendo libros de astronomía. En las noches, en el patio de los buques, encaramado en una pequeña banca de madera, se ponía a escudriñar la luna con un catalejo antiguo mientras, con una solemnidad digna de Copérnico, iba comentando como para sí que el pasto lunar estaba verdecito y que las ranas parecían de goma saltando de un charco a otro.

De algún modo me sentía reconocido en el anciano. Yo hacía algo similar en la mina cuando tenía que subir a trabajar de noche. Al terminar la faena —la línea férrea lista y los convoyes circulando—, mis compañeros improvisaban colchones de sacos y se largaban a dormir como benditos esperando el amanecer. Yo no. Yo, en esa alta noche del desierto, me iba a alguna colina cercana y, tendido de espaldas en la arena, me daba en deleitarme contemplando la bóveda de estos cielos nortinos, los más diáfanos del planeta. El espectáculo era prodigioso. Ahí se sentía el vértigo de lo infinito. Más de una vez en este menester —sobre todo cuando por un desperfecto eléctrico se apagaban las luces y en medio del desierto nos quedábamos en la más completa oscuridad— me ocurrió que, de pronto, embargado por una especie de epifanía, creía atisbar por un instante el mismísimo misterio del universo. Tan fuerte era la sensación que, preso de un miedo ancestral, me incorporaba de un salto y corría a tenderme en los sacos junto a mis compañeros.

Algunas veces, a la salida del trabajo, acompañaba a los de mi cuadrilla cuando pasaban a la fonda o a alguno de los ranchos a conversarse «un metro cuadrado de cerveza» y a oír los corridos mexicanos que sonaban a todo volumen en los boliches de la pampa. Sin embargo, después de lo de Leda, rehuía acompañarlos: además de que las sentidas letras de los corridos eran como balas directas a mi corazón, se me hacía intolerable el bochinche de las conversaciones achispadas, o de cualquier otro tipo de pláticas que no fuera conmigo mismo, o con mi duende. Hallaba hueró todo lo que oía, todo lo que me decían era anodino, sin gracia. No me concentraba,

no les oía, les dejaba la cara puesta y me iba a contemplar la película en tecnicolor y cinemascope de la sonrisa de Leda.

En la mina con el único que resistía charlar un rato era con Hernandito, el obrero más antiguo de la mina, un anciano que no le dirigía la palabra a nadie ni se juntaba con nadie. Vivía solo en un camarote. Se iba y venía sentado solo en la jaba. Y en el rajo, a la hora de la colación, comía su vianda solo, sentado en una piedra a pleno sol. Nadie más que yo, con mucho tacto y una larga paciencia, había logrado resquebrajar ese caparazón de silencio con que se protegía. Cuántas cosas extraordinarias le oí contar al anciano. Con el otro que hablaba un poco era con Benavente. Un tarde en que nos encontramos solos en la casucha tomando el té, y él se hallaba decididor como pocas veces, me atreví a preguntarle algo que hacía tiempo me tenía empachado:

—¿Qué hay de cierto, maestro Benavente, en esa historia de que una vez encendió un cartucho de dinamita y desafió a otro a ver quién arrancaba primero?

Benavente no dijo nada. Terminó de tomarse el concho de su jarrada de té, se paró, fue hasta su casillero y, de espaldas a mí, sacó algo, dio media vuelta de golpe y lo lanzó sobre la mesa. Yo di un salto. Era un cartucho.

—¡Este es! —dijo—. Ábrelo.

Con suma cautela procedí a desenvolverlo. El cartucho, en vez de la pasta porosa de la dinamita, estaba relleno de arena.

En un tonito agudo, el capataz remató:

—Metemáticamente soy guapo, pero no huevón.

XXVI

Por fin pasó algo hermana, se llevaron preso a Rosario Fierro, dicen que mató a alguien en su pueblo. Cuando lo supe me sentí aliviada, ya me tenía llena, andaba con él por puro sacarles pica a algunas amigas, pero bueno, ya estoy libre y no pienso meterme con ningún otro de por aquí. Como te decía en la otra carta, me quiero ir de esta mugre de pampa, esto no es para mí, creo que mi futuro está en una ciudad grande como Antofagasta. Mis primas me cuentan maravillas, dicen que allá hay salones de bailes en donde se puede conocer a jóvenes educados, no como aquí que hay puros papanatas que no se merecen a alguien que fue Reina de la Primavera. Y no es que me crea la pasa del queque como andan diciendo por ahí, pero yo sé que puedo aspirar a mucho más que a un minero que llega a casa todo enterrado como mi papá, y borracho más encima. Sabes qué, cuando salí elegida reina y bailé con el señor administrador, pensaba por qué yo no puedo aspirar a tener un esposo así: rubio, rico, poderoso, por qué otras sí y yo no. Cualquiera día mando todo a la porra y me arranco al puerto, o a la capital de una vez por todas, por qué no. Tú sabes que soy muy capaz de hacerlo, lo sabes ¿verdad?

XXVII

si hasta ese momento no lograba conformarme con haber perdido a Leda, ver el drama en que estaba sumida la niña me llenaba de una tristeza hosca, huraña, dura como los cerros. Ni siquiera la llegada de una bibliotecaria nueva, con la cual comencé un romance erótico-literario, logró reparar mi estado de ánimo.

La joven bibliotecaria —pelirroja, mirada lúbrica, dueña de un vocabulario y un sentido del humor exquisitos— decía que no se enamoró de mí a primera vista como yo, el perla, creía y afirmaba satisfecho, sino porque la señora Otilia, durante todos los días que duró el traspaso de mando, le había lavado el cerebro hablándole maravillas de ese joven poeta que viene todas las tardes por aquí.

—Ya lo va a conocer.

La señora Otilia había cumplido toda una vida a cargo de la biblioteca; y aunque destacaba por su paciencia y buena voluntad, no era precisamente una experta en literatura, ni siquiera una conocedora de libros. Muchas veces fui testigo de escenas bochornosas, como cuando un niño, haciendo sus tareas, le preguntó por el título de un poema de Huidobro aparecido en una revista y ella, apuntando con el dedo a una palabra entre paréntesis, le dijo impaciente:

—Este es el título, pues mijo: *Fragmento*.

El romance con la joven colorina —la primera bibliotecaria titulada que llegaba a la Oficina— duró poco. Justo el tiempo que ella pudo soportar vivir «en estos eriales que me rasmillan el alma, cariño».

O sea, menos de seis meses.

Por ese tiempo sufrí mi primer accidente de trabajo. Fue un día de pago. Todos querían terminar pronto la tarea para irse a cobrar y pasar a la fonda. El cambio de línea estaba casi finalizado. Solo nos faltaba rematar la segunda aguja. En el momento en que yo ponía el último perno de las últimas planchuelas, uno de los tres carrilanos que hacían palanca con los chuzos y mantenían el riel de acero doblado como un arco de flecha, aflojó la fuerza y el riel se vino de golpe y me aprisionó las dos manos.

El grito fue un aullido de dolor.

El capataz, con sumo cuidado, me quitó los guantes, que ya comenzaban a gotear sangre. Las

uñas de los dedos índice y mayor de cada mano quedaron pegoteadas en los guantes.

Me dieron quince días de licencia, tiempo que me llevé encerrado en el camarote, tirado en la litera, imaginando la cara de Leda en las manchas del techo. Cuando ya pude hacerlo, tomaba el lápiz penosamente entre el pulgar y el anular y escribía poemas que luego quemaba sin remordimientos.

Me estaba convirtiendo en un pirómano de la poesía.

Poco después sucedió un hecho que cambiaría mi vida para siempre. Obtuve un premio en un concurso de poesía a nivel nacional, concurso en el que me hizo participar casi a la fuerza el empleado de escritorio que me había pasado a máquina el Canto a la Reina. Un día me mostró un diario de la capital con las bases del concurso. Según él, yo debía participar de todas maneras, mis poemas eran más que buenos. Yo aún no me sentía preparado. Insistió y al final envié algunos de los poemas escritos en homenaje a la Reina Isabel.

El empleado se llamaba Vicente Molina, y los viejos lo catalogaban de manflorita (para los mineros todo aquel con ademanes educados era un invertido). Vicente era un gran lector y un conversador innato. Sabía mucho de literatura. Nos habíamos hecho muy amigos.

A veces, por las tardes, nos íbamos a hablar de poesía a un local donde acudían principalmente parejas de enamorados. Era eso o irse a las fondas donde la bullanga de la música ranchera y los gritos de los borrachos no dejaban conversar. Y aunque en la mina se habían enterado y se burlaban y hacían escarnio de manera salvaje de nuestros encuentros en Permitido, como se llamaba el local, yo, blindado por la gracia de la poesía, no me inmutaba un ápice.

La noticia de que un minero del salitre había ganado un concurso de poesía en la capital apareció en todos los diarios de la región. En la mina los viejos recién supieron que tenían un poeta entre ellos. En cualquier otra parte del país me hubiesen puesto de apodo El Pablo Neruda, pero no en la pampa. Al día siguiente de aparecer en los diarios, mientras tiraba pala en un terraplén para la línea férrea, pasó un camión lleno de mecánicos de mantención y, todos al unísono, como puestos de acuerdo, me gritaron a todo viento:

—¡Hola, Gabriela Mistral!

XXVIII

Aura, fue terrible la muerte de Rosario Fierro, quiso matarme a mí también, imagínate, estuve a punto de morir, y ese olor a sangre quemada que no se me va de las narices. Solo mis sueños me calman de ese momento espantoso, mis sueños de cuando fui reina. A veces despierto a media noche y me pongo la corona y me miro al espejo y me veo hermosa, muy hermosa. Yo creo que nací para ser reina, tú no, tú no tenías personalidad, y no es que te desprecie, hermana, pero es así. Aunque debo reconocer que de chiquita sentí celos de ti, si tú te pelabas una rodilla y te ponían un parche curita, yo iba y me pelaba para que me pusieran uno a mí. A veces pensaba que sería más feliz si tú no hubieras nacido, y luchaba por ganarte en todo, y en muchas cosas te gané, como en dar mi primer beso, y más encima al niño que te gustaba a ti. Pero aunque nuestra relación fue de amor y odio, nunca quise hacerte daño, así ande gente diciendo que yo fui la culpable de tu muerte. Pero te estaba contando del pugilista, no pudo entender el pobre diablo que nunca lo quise y desde su regreso no me dejaba en paz. Pero tampoco te contaba de eso sino de lo linda que me veo con la corona, mi mamá me reta porque paso horas frente al espejo vestida de reina, mi papá se pone a llorar (pero él siempre ha sido llorón). Leda I, Reina de la Primavera, esa soy yo, no tú como a veces me da por pensar, porque yo estoy aquí y tú estás allá. Yo aquí y tú allá ¿me oíste?

XXIX

A dos años de ser detenido, Rosario Fierro apareció una tarde por las calles de la Oficina. El púgil había cumplido condena en la cárcel de Ovalle. Algunos decían que en la cárcel de La Serena. Lo cierto era que el encierro lo había cambiado completamente, ya no parecía el mismo que recordaba la gente. Castrado de su copete a lo Elvis, mostraba mala catadura, escupía por el colmillo y cojeaba del pie derecho. Decían que en una pelea en la cárcel le habían dado un navajazo en el tendón de Aquiles.

Esta vez no le dieron trabajo. Ni siquiera pudo conseguir una pelea de exhibición. Un pugilista cojo era pasto de escarnio y de chacota. Y como pasaba más tiempo borracho que sobrio, la gente en la calle ya no lo saludaba. Hasta el entrenador, don Retórico González y su ayudante, Mañungo, le hacían el quite de manera olímpica (cada vez que los veía les pedía plata). Los carabineros lo detuvieron varias veces por escándalos en la vía pública y, lo peor de todo, la niña Leda, de quien creía que aún tenía su amor intacto, lo despreció majestuosamente.

A eso, él no pudo resignarse. En los días de cárcel, según contaba cuando bebía, ella se convirtió en su obsesión, en su sueño de libertad. Salir, recuperar su fama, volver a la pampa y reconquistar el amor de esa yegüita, ese era su fin único, su único propósito.

De modo que durante los tres meses y catorce días que alcanzó a estar en la Oficina, le hizo la vida imposible. La seguía en la calle, la buscaba en el cine, la abordaba en la pulpería. Llegaba por las tardes hasta las afueras de su casa y la llamaba con el silbido de antes (un silbido de perro).

Todo en vano.

Leda era una estatua de salitre.

Rosario Fierro entonces volcó su bronca contra mí. Creyó que Leda y yo habíamos recommenzado nuestra antigua amistad. La idea se le metió en la cabeza con la fuerza de un clavo de línea en un durmiente de madera.

—Ya verá ese Comelibro la zurra que le voy a dar cuando me lo encuentre —amenazaba en los mesones de los ranchos.

Y el encuentro fue una tarde en que acompañé a los de mi cuadrilla a celebrar el día del minero en el rancho Copacabana. Rosario Fierro estaba acodado en el mesón de zinc, ebrio y solo como

un leproso (ahora ni las prostitutas se le acercaban). Al verme entrar dio un respingo de caballo chúcaro y, sin decir nada, se me fue encima y comenzó a darme golpes como si fuera un saco de aserrín. Si no hubiese sido por lo borracho que estaba y porque la cuadrilla completa me lo quitó de encima, me hace papilla.

—¡Deja tranquila a Leda, Comelibro hijo de puta —gritaba enfurecido—. Ella es mía.

Él no sabía que Leda ya no era de nadie.

No sabía que desde que fuera elegida reina, los hombres de la Oficina se le hicieron poca cosa, insignificantes, unos muertos de hambre. Incluso la misma Oficina ya no le agradaba.

—Tengo que irme de este moridero del diantre —decía.

Después de la muerte de Rosario Fierro, su estado empeoró. Se volcó más aún en sí misma, ya no salía, no se juntaba con nadie, hablaba sola (su madre había despedido a los pensionistas y las primas se volvieron a Antofagasta). A veces se le oía murmurar que ella era su hermana y que su hermana era ella.

La gente comenzó a llamarla Lela I.

Cada día, a la hora de la siesta, la hora sonámbula de la pampa, se la podía ver sentada señorialmente en el escalón de la puerta de su casa con la mirada perdida en un punto del aire, luciendo los atavíos con que, en una noche de cuentos, había sido ungida Reina de la Primavera, una de las reinas con la sonrisa más bella que se tenía memoria en la pampa.

Dicen que ese día, Rosario Fierro estuvo bebiendo solo en el mesón de cada uno de los ranchos, que en todos había pedido que le tocaran el disco *El Jinete*, de José Alfredo Jiménez. (*La quería más que a su vida / y la perdió para siempre / por eso lleva una herida / por eso busca la muerte*). Dicen que ya andaba con el cartucho de dinamita en la pretina del pantalón, y que se lo mostraba a quien quisiera verlo, como buscando que alguien se lo quitara o avisara a los carabineros.

Había mandado a decir a Leda que se iba, que volvía a su tierra, que la dejaba en paz (la verdad era que por sus escándalos de borracheras lo habían expulsado de la Oficina con un plazo de cuarenta y ocho horas para que desapareciera). Que esa tarde iría a despedirse, le mandó a decir. Que por favor no le hiciera un desaire. Por eso ella salió a su llamado.

Era una tarde de lunes.

En la calle no se veía un alma.

Amplificado por el silencio del desierto, solo se oía el crujido del sol descascarando la cal de las calaminas.

Los que fueron sus más cercanos dicen que Rosario Fierro primero había pensado en un cuchillo. Luego se decidió por la dinamita. Las penas de amor, decían los mineros, se arrancan con tripas y todo o de lo contrario vuelven a ramificarse, como los tumores malignos.

Dicen que llegó a la casa fumando. Que la llamó con el silbido de siempre. Ella salió. Él trató de sonreírle. El rictus le dolió en la cara. Cuando ella se acercó, él, con el cigarrillo en la boca, la tomó de la cintura y la abrazó fuerte.

—Eres la peor puta que he conocido en mi vida —le baboseó al oído.

Por su camisa desabotonada asomaba la guía de la dinamita, apenas un trozo de diez centímetros. Tuvo que aflojar un instante el abrazo para acercar el cigarro y encenderla. Ella aprovechó ese segundo para zafarse y salir corriendo. Dicen que con la potencia del estallido, trozos de las entrañas de Rosario Fierro quedaron pegados en la puerta por donde, un segundo antes, Leda alcanzó a entrar aterrorizada.

Epílogo dispensable

Una tarde de cielo nublado, tiempo después de la muerte de Rosario Fierro —hecho que remeció el hastío de alquitrán de la Oficina y empeoró el estado de Leda—, y a poco de haberme ganado el premio de poesía, tuve una especie de epifanía o revelación bíblica (por no decir divina): supe que alguna vez iba a escribir una novela.

Sucedió en la biblioteca. Esa tarde, subido en una de las escalerillas, revisando los últimos anaqueles del ala izquierda, alcancé un libro de lomo gordo que hasta entonces no había revisado. Primero creí que era un volumen de poesía y lo tomé porque me gustó el título: *Adán Buenosayres*. Su autor era Leopoldo Marechal, escritor al que jamás había oído nombrar. En la portada figuraba un escudo que, supe después, era el de la ciudad de Buenos Aires. Luego de sacudir y soplar el libro, me di cuenta de que se trataba de una novela. Lo abrí en su primera página y comencé a leer. Tras el asombro inicial de su «Prólogo indispensable», nimbado aún del polvo blanco que quedó flotando al sacudirlo, seguí leyendo en lo alto como caído en trance. Bajé con el libro apretado bajo el brazo y lo pedí para llevarlo. La tarjeta se veía incólume: nadie lo había leído. Anotaron mi nombre. El préstamo era por una semana. Durante las seis jornadas laborales llevé y traje la novela de los buques a la mina y de la mina a los buques, sin faltar un solo día. Estaba deslumbrado. Al término del plazo devolví el libro leído y releído.

Lo devolví con la convicción absoluta que si un libro hallado en el anaquel más recóndito de una biblioteca perdida en el desierto era capaz de cambiarle —salvarle— la vida a un hombre —a uno solo—, nada más que por eso valía la pena haberlo escrito. Y valía la pena escribir cualquier libro.

Durante mis años de estadía en Pedro de Valdivia releí *Adán Buenosayres* varias veces. Y poco antes de que la Oficina dejara de funcionar y se convirtiera en otro de los pueblos fantasmas desperdigados en el desierto, fui a la biblioteca y lo pedí por última vez. Como en la tarjeta figuraba solo mi nombre, escrito siete veces, no lo dudé un instante:

Este libro es mío, me dije.

Y me lo robé.

La lectura de *Adán Buenosayres* me hizo renunciar a lo que hasta entonces era para mí un dogma absoluto: que la novela era cosa de tontos. Hasta ese momento lo mío era la poesía. El poder de la

palabra. Crear un mundo en un verso. Meter un barco de verdad en una botella de jarabe para la tos. Con la novela de Leopoldo Marechal mi visión de la literatura sufrió un cataclismo de proporciones: descubrí que el poema no era el único envase de la poesía, y que esta podía perfectamente cohabitar con la prosa (algo de Perogrullo, pero que yo hasta ese momento ignoraba). Aun más, supe que hasta se podía hacer un trío con el humor; y, si fuera menester, hasta una fiesta orgiástica con la biografía, el ensayo y el teatro.

Pero por encima de todo, sentí en las tripas la certeza absoluta de que alguna vez yo escribiría una novela. Mi tema sería el desierto de Atacama, cómo no. En ella mostraría su soledad de planeta abandonado, su silencio ensordecedor, sus criminales espejismos azules; contaría la gesta de esos hombres que, con una botellita de agua para el camino y su propia sombra de cobijo, conquistaron estas comarcas infernales; seguiría el hilo de sus vidas de sacrificio, dejaría testimonio de sus sueños, de sus esperanzas, de sus dichas y desdichas; hablaría de sus huelgas, de sus marchas, de sus ollas comunas, de las feroces matanzas en que cayeron muertos una y otra vez. Describiría sus casas miserables, sus fondas, sus plazas de piedra; contaría sobre sus fiestas, sus amores, sus mitos y leyendas, los extraños juegos de infancia (cortar colas de lagartijas, perseguir remolinos de arena, hablar con duendes); y junto a todo eso no podría faltar, por supuesto, un homenaje a las prostitutas de la pampa, esas hembras legendarias —trágicas y dionisiacas, como diría Pablo de Rokha—, sin cuyo aporte social-sexual-amoroso la conquista de este desierto no habría sido posible, o habría sido mucho más ardua. Por cierto, mi novela comenzaría con la muerte de la Reina Isabel, que fue cuando de verdad comenzó a morir la pampa y el sueño del *oro blanco*. Con su muerte el desierto volvía a quedar desierto.

FIN

Título original: *El autodidacta*

Edición en formato digital: julio de 2019

© 2019, Hernan Rivera Letelier

© 2019, © 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563841367

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl

ALFAGUARA

Hernán
Rivera Letelier
El autodidacta

Narrativa Hispánica

